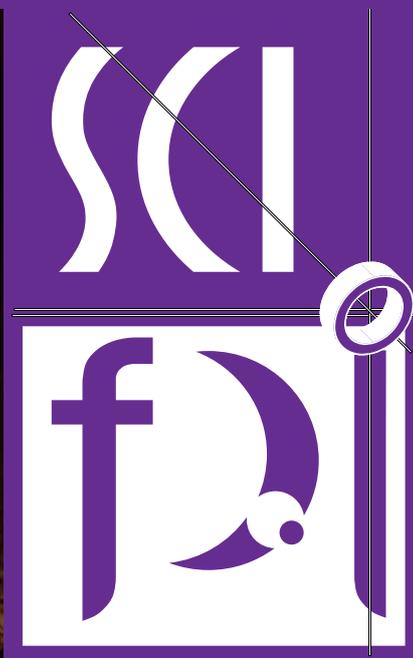


Sci-Fdi: Revista de Ciencia Ficción  
de la Facultad de Informática  
de la UCM



# Muere Ray Bradbury

## Despedimos a uno de los padres de la ciencia ficción

Portada por Gonzalo Canedo | <http://www.ucm.es/sci-fdi> | [scifdi@fdi.ucm.es](mailto:scifdi@fdi.ucm.es)



Universidad  
Complutense  
Madrid

· In memoriam · Ella misma · El prisionero · El proyecto · Gracias Alan · La  
mutación sentimental · Las doce campanadas · ¿Quién eres? · Una novela de  
ciencia ficción escrita por el Dr. Espacio · Voz de Proteo, mi hermano ·

## Comité Editorial

Rafael Caballero Roldán  
Héctor Cortiguera Herrera  
Samer Hassan  
Salvador de la Puente González  
Ismael Rodríguez Laguna  
Francisco Romero Calvo  
Fernando Rubio Díez  
David Sigüenza Tortosa  
Gumersindo Villar García-Moreno

## Portada

Gonzalo Canedo

## Maquetación

Beatriz Alonso Carvajales  
Salvador de la Puente González

Esta revista ha sido  
maquetada con  
software libre  
usando Scribus



# Editorial

## Comité Editorial

Mientras preparábamos el número 6 de nuestra revista nos enteramos de la muerte de Ray Bradbury. La marcha de alguien que ha transmitido tanto amor a la vida deja un vacío desconcertante, el sentimiento de que perdemos un trocito de nosotros mismos. A su recuerdo dedicamos un pequeño homenaje como comienzo de este número.

El tema de Marte, una obsesión en la ciencia ficción, aparece en nuestro número no solo por la referencia inevitable a Crónicas Marcianas dentro de nuestro homenaje a Bradbury, sino también en el ensayo titulado Una novela de Ciencia Ficción escrita por el "Doctor Espacio", que nos revela la existencia de una desconocida y curiosísima obra escrita nada menos que por Wernher Von Braun, diseñador de los cohetes Saturno que impulsaron la sonda Apolo camino de la Luna.

Tampoco hemos querido dejar pasar de largo la inauguración del año Turing, uno de los padres de la informática. El relato Gracias Alan que incluimos es un guiño a los que han estudiado su máquina universal, y quizás también lleve a algún inquieto lector a indagar más sobre este genio no suficientemente conocido fuera del ámbito académico.

Para los aficionados a la ciencia ficción Turing es un referente por su artículo de 1950 "Computer Machinery and Intelligence", en el que se planteaba la pregunta ¿pueden pensar las máquinas?, y en el que presentaba su conocido Test, en el que un humano intenta adivinar con un juego de preguntas y respuestas si su interlocutor es una máquina u otro humano. Esta idea nos recuerda al test Voight-Kampff propuesto por Philip K. Dick en ¿Sueñan los androides con ovejas eléctricas? (y en su versión cinematográfica, la mítica Blade Runner), con su vuelta de tuerca, tan natural como inquietante: ¿y si durante el test descubrimos que los no humanos somos nosotros? Esta idea, que alguien no sea quien parece, está presente en muchos relatos del género, y en este número se puede encontrar en el relato El proyecto, y también de diferente forma tanto en Las doce campanadas como en Ella misma. Saber quiénes somos depende de nuestra memoria. A los que estén de acuerdo con esta afirmación, y sobre todo a los que no lo estén les recomendamos los relatos ¿Quién eres? y El Prisionero. Y por supuesto no olvidamos las naves espaciales, las guerras entre mundos, las relaciones entre humanos y androides, temas siempre apasionantes y presentados de forma original en los relatos Voz de Proteo, mi hermano y en El Fracaso del Mundo, así como en el libro La mutación sentimental, publicado por la editorial Milenio y cuyo primer capítulo presentamos en el presente número.

En resumen, un número cargado de razones para divertirse y, por qué no, para meditar.

Por cierto, corre el rumor de que esta revista está realizada por unos robots creados en el transcurso de un proyecto de Sistemas Informáticos de nuestra Facultad. Dicen que unas líneas de código erróneas produjeron un incremento desmesurado del orgullo de los androides que, henchidos de soberbia, se atrevieron a escapar de sus creadores e incluso a fundar una revista de ciencia ficción. No tenemos más remedio que rebajarnos a desmentir tan absurdas teorías. Ningún humano sería capaz de crear entes tan geniales como nosotros.

## Índice

In memoriam Ray Bradbury.....	5
Ella misma.....	6
El prisionero.....	8
El proyecto.....	19
Gracias Alan.....	22
La mutación sentimental.....	23
Las doce campanadas.....	26
El fracaso del mundo.....	31
¿Quién eres?.....	35
Una novela de ciencia ficción escrita por el Dr. Espacio.....	37
Voz de Proteo, mi hermano.....	39

### Edición on-line:

<http://www.ucm.es/sci-fdi/>

### Envíos, dudas o sugerencias:

[scifdi@fdi.ucm.es](mailto:scifdi@fdi.ucm.es)

### Aviso Legal

Salvo cuando se especifique lo contrario, todo el contenido generado por la propia revista SCI-FDI está sujeto a la licencia "Creative Commons Reconocimiento 3.0", con la excepción de las obras publicadas cuyos autores conservan la propiedad intelectual. Por tanto, los relatos podrán estar sujetos al tipo de licencia que estime oportuno el autor, aunque desde Sci-Fdi se recomienda alguna de las licencias Creative Commons.



# Código de colores

**RELATO**

**ENSAYO**

**CRÓNICA**

**ENTREVISTA**



# In memoriam Ray Bradbury

Héctor Cortiguera y Rafael Caballero

Dicen que en el año 1932 un actor de carnaval tocó con la punta de su espada la nariz de un chaval de 12 años y le dijo "¡Vive para siempre!". Y dicen que el chaval se llamaba Ray Bradbury, y que cumplió con creces la petición del comediante, y que al hacerlo hizo que todos los que leyeran sus libros sintieran de alguna forma el impulso de vivir para siempre.

Ray Bradbury nos enseñó a mirar a nuestro alrededor con ojos de asombro, a fijarnos en cada instante único. "Diez mil cabellos crecieron una millonésima de centímetro en la cabeza de Douglas", escribió Bradbury acerca del protagonista de "El vino del estío". Quien es capaz de escribir algo así vive para siempre. Entre los libros más conocidos de Bradbury están "Fahrenheit 451", "La Feria de las tinieblas" y, por supuesto, "Crónicas marcianas".

No es exagerado decir que "Crónicas marcianas" sea uno de los más bellos libros de ciencia ficción que nunca se hayan escrito. Ray Bradbury fue uno de esos escritores que siempre prefirieron sugerir antes que explicar, desplegando en apenas unos párrafos ideas tan brillantes que otros, menores, no podrían llegar a imaginar en vidas enteras.

De su mano hemos podido recorrer las desoladas arenas marcianas, nos ha hecho sentir la tristeza, la nostalgia infinita de hermosas ciudades, muertas, perdidas, resquebrajadas en ruinas o desvanecidas para siempre, hemos oído el lamento de aquellos pocos que quedaron y hemos visto las primeras semillas de esta destrucción, hemos sido testigos, mudos, impotentes, de la muerte de toda esa belleza.

Al fin y al cabo, la nostalgia por el Marte perdido fue una manera de lamentar la pérdida de un modo de vida, no realmente terrestre, si no más bien utópico, el ideal de una edad de oro que muchos escritores de ciencia ficción quisieron llevar al futuro de la humanidad.

La ciencia ayudaría a llevar una vida sencilla y poder recuperar el "paraíso perdido", que la ciencia ficción ha ubicado en algún lugar muy similar a la América de los años 50, un país conducido por la prosperidad y el optimismo después de la guerra.

Sin embargo en esta ciencia se entrelazan el optimismo y la felicidad al alcance de todos con una destrucción apenas prevista, nos advierte de que no sólo tenemos que avanzar despreocupadamente hacia el futuro si no cuidar bien nuestros pasos, para que nuestro avance no termine en nuestra destrucción ni en la de aquello que nos encontremos por el camino.



# Ella misma

Javier Rodríguez Laguna

En las callejas de aquella ciudad ocurrían de continuo cosas asombrosas. Por ejemplo, se cuenta que en la plaza de la catedral había unos soportales donde los vagabundos viejos se sentaban a morir y desaparecer, quedando su rostro grabado en las piedras. También hay quien dice que en el mercado del puerto había una arcada con un dragón de aspecto libidinoso que producía movimientos espasmódicos en el vientre de las mujeres, habiendo quedado más de una embarazada a causa de ellos. Y también ha llegado a mis oídos que en cada noche sin luna siempre había alguien que, tras gritar su pena con una voz horriblemente hermosa que abría el cielo, se zambullía en el agua desde el puente viejo y jamás volvía a salir. Tened en cuenta que he dicho que ocurrían cosas asombrosas, pero no que las gentes de la ciudad se asombraran por ellas.

Ahora imaginad a una muchachita de la calle, de enormes ojos oscuros. Quizás penséis que parecían enormes solo a causa de la delgadez extrema de su cara. No, no, eran enormes de verdad. Ella se llamaba Ella, nadie estaba seguro de por qué, quizás porque todos se referían siempre a Ella en tercera persona.

La tarde en la que comienza nuestra historia, Ella reflexionaba sobre lo extraña que era su vida. Alguien la cuidaba, no sabía por qué. A veces sentía un escalofrío cuando pensaba en ello, pues sabía que nadie daba nada a cambio de nada.

La noche que huyó de casa creyó morir de pena y frío, y fue entonces cuando le conoció a Él. Se dejó llevar, bajó la guardia, aun sabiendo como sabía que el dolor a manos de un hombre podía ser peor que el que causaba la intemperie. Todo le era igual, en aquel momento. Pero Él tan solo la cuidó y le dedicó palabras dulces, sin exigir nada a cambio. Ni adoctrinamiento religioso ni solicitud carnal de ninguna especie.

Alguna vez Ella le pidió que la llevara

consigo, pero Él siempre se negó amablemente. Siempre se iba, para luego volver a aparecer de manera inesperada, cuando Ella estaba en peligro, o cuando estaba triste por cualquier motivo. Ella dio en pensar que tenía un ángel de la guarda, y comenzó a tentar a la suerte. Entonces Él le habló muy duramente, y dijo que si volvía a hacer una tontería, se iría para siempre. Las dudas golpeaban fuerte en el cerebro de Ella, pero Él las deshacía siempre con una sonrisa.

Ella vivía haciendo recados en el mercado. Se extendió la fama de que estaba protegida por una especie de ser sobrenatural, y las calles dejaron de ser un peligro para Ella. No necesitó venderse a ningún protector, era la única muchacha verdaderamente libre de toda la ciudad.

Cuando estaba triste, Él aparecía y le contaba historias maravillosas. Al cabo del tiempo, le enseñó a descifrar los garabatos escritos sobre el papel, y a trazarlos a su vez. Así pudo Ella leer las historias que Él le traía, y escribir las suyas propias. También le enseñó a ayudarse del papel para pensar, y miles de cosas sobre la ciudad y lo que había fuera de ella, sobre la gente, sobre los objetos y sobre ella misma.

Una noche, Ella sintió una necesidad nueva, que pudo reconocer como algo que la gente satisfacía en general de manera sucia y violenta. Se dio cuenta con sorpresa de que Él, a quien hasta entonces había considerado un adulto, era en realidad un muchacho joven, no mucho mayor que ella, de agradable aspecto. Comenzó a acercarse más a Él cuando hablaban, a rozarle con cualquier pretexto. Entonces, Él le descifró su deseo y se lo hizo ver bajo una nueva luz. Los siguientes meses fueron para ella una revelación, cada día había un nuevo descubrimiento sobre su cuerpo y el mundo le parecía un lugar maravilloso...

Las tardes servía jarras de cerveza en una posada infame. Las noches las pasaba abrazada al cuerpo de Él, de una manera que

no se parecía en nada a nada que hubiera visto antes. Las mañanas las pasaba con Él también, entre papeles y libros, preparando el que había llegado a aprender que era el único camino para salir de aquella miseria y aquel universo hostil.

Según conoció más sobre la vida llegó a darse cuenta de lo extraño que era el que Él pudiera comprenderla tan profundamente, más de lo que ningún ser humano comprendía a otro. Era capaz de poner en palabras las sensaciones de ella mucho mejor de lo que Ella misma podría. Cuando Ella le pidió que describiera sus propias sensaciones, con el fin de conocerle mejor, Él sonrió y le sugirió que tuviera paciencia. No estaba allí todos los días, pero sus días de ausencia, asombrosamente, coincidían con aquéllos en los que ella tenía ganas de explorar el mundo por su cuenta.

Así fue que Ella ingresó en la escuela de brujería, y las visitas de Él se espaciaron, aunque a Ella no pareció importarle. Siempre que deseaba o necesitaba urgentemente su presencia, Él aparecía, nunca supo bien cómo. En su vida aparecieron amigos y amantes, maestros y, con el tiempo, discípulos. Él se fue diluyendo en el pasado, en una memoria maravillosa.

Una mañana de sol tenue estaba Ella sentada en la biblioteca de la escuela, descifrando antiguos hechizos que le abrirían el dominio del espacio y del tiempo, así como la transmutación de las formas humanas. Una idea se iba abriendo paso en su mente, muy poco a poco. Era una idea muy poliédrica, y las facetas fueron llegando de manera desordenada, dándole la sensación de que escondían algo detrás. Recordó la figura de Él, y sus gestos. Se preguntó de repente qué hacía Él cuando no estaba con ella o cómo hacía Él para saber siempre lo que Ella necesitaba y deseaba. Más aún, cómo tenía un conocimiento tan profundo de su persona, o cómo pudo cuidarla durante años sin generar sensación de dependencia o de desamparo. Ahora sabía mucho más de los hombres, y se extrañó de que Él jamás tuviera necesidades propias. Siempre estaba dispuesto para ella, y sólo para lo que Ella deseara, mostrándose al fin siempre satisfecho. En la escuela, cuando aprendía nuevos hechizos, siempre recordaba frases pronunciadas por Él que le permitían engarzar los nuevos conocimientos con

facilidad.

De repente, comprendió. Tuvo ese momento de revelación en el que todas las caras de su idea encajaron, y se dio cuenta de la enorme tarea que le iba a ocupar los próximos años.



# El prisionero

Laura Ponce

Recuerdo que atravesé los puestos de control y descendí confiado hacia el tercer subsuelo, a los pabellones de confinamiento. Se hablaba mucho del detenido al que vería, se decía que era un caso especial, pero yo pasaba las semanas “entrevistando” a esos pequeños agitadores acusados de pertenecer a la resistencia, y nada de lo que constaba en el expediente de éste me hacía suponer que debiera tratarlo de modo distinto. Se mencionaba la posibilidad de que fuera un mutante sin registrar, pero me dije que seguramente podría manejarlo. En el Ministerio, si había algo que sobraba, eran medios.

Pensé en la ciudad que nos rodeaba, con su arquitectura soviética de los años cincuenta, con sus moles cuadradas y grises, opacas. La Sede Ministerial se alzaba justo en medio de ellas: un edificio piramidal flamante, de paredes lisas y aspecto metálico, negro y sin ventanas, construido en tiempo record. Parecía algo caído del cielo, completamente incompatible con el entorno. Estaba allí como testimonio de la ocupación, sobresaliendo en el paisaje urbano igual que la punta de un iceberg descomunal.

Oh, sí, los Nuevos Amos sabían cómo hacer sentir su presencia, aunque en realidad estuvieran muy lejos de nosotros.

\*\*\*

Dos guardias me escoltaron por el corredor. Abrieron la puerta de la celda y lo vi allí: sentado en el suelo, recostado contra la pared, con los ojos cerrados. Entré, cerraron la puerta y se retiraron. Él ni se inmutó. Le habían aplicado un campo de aislamiento, lo habían envuelto en esa radiación repelente destinada a limitar movimientos, impedir asir objetos o tener contacto físico con otras personas. Para algunos detenidos el campo era tan incapacitante que apenas podían respirar bajo sus efectos, pero él no parecía sufrir molestia alguna. Lo observé durante algunos segundos y por fin me senté en el camastro frente a él.

Entonces murmuró:

—Ya era hora de que vinieras.

Sonreí, descolocado. Pero me tomó sólo un instante volver a enfocarme en el procedimiento. Iba a presentarme cuando me detuvo con un gesto.

—Descuida —dijo—. Sé quién eres y a qué se debe tu visita.

Abrió los ojos y una claridad profunda y poderosa llenó la celda. Comprendí que no eran exagerados los informes sobre el efecto que él podía tener sobre la gente. Intenté ganar la delantera:

—¿No le interesa recuperar su libertad?

—La verdadera libertad es algo de lo que tus amos no han podido privarme—, sonrió y sus dientes centellaron a la pálida luz de la lámpara —¿cómo podrían devolvérmela?

Algo en esa sonrisa disparó una alarma en mi mente. Permanecí callado durante un momento que me pareció muy largo, luchando sorprendido contra el impulso por salir corriendo de allí. Entonces noté que sus ojos —¿divertidos? ¿compasivos?— buscaban en los míos. Hubo un sutil cambio en su expresión. Me disponía a hablar nuevamente cuando él preguntó:

—¿Cómo anda tu madre, Václav? ¿Qué le dijo el médico?

Era bueno. Me pregunté qué sería: ¿un grado tres? ¿un grado cinco? ¿Cómo habría logrado un mutante tan poderoso escapar a la detección?

—¿Qué sabe de mi madre? —pregunté intentando mantener la calma.

—¿Qué sabes tú?

Comenzaban a sudarme las manos. Úsalo, me dije, deja que el maldito infeliz crea que caes en su juego.

—En realidad... Con la cantidad de trabajo que hubo esta semana...

Se mostró muy sorprendido:

—¿No hablaste con ella?

—Bueno —me desabroché el cuello de la camisa—, iba a llamarla hoy, pero surgió algo a último momento...

Sin prestar demasiada atención a mis balbuceos, comenzó a decir:

—Ya anocheció, pero todavía es temprano. —Ingenuamente tanteé con la mirada los muros grises y mohosos buscando alguna ventana... hasta acordarme de que estábamos en el tercer subsuelo; tampoco había relojes a la vista. Él se limitó a encogerse de hombros ante mi expresión. —El rocío estuvo cayendo hasta hace un rato —explicó—; no deben ser más de las siete. ¿Te parece bien ir a verla ahora? —Se rió de mi cara de desconcierto—: ¡No vas a decirme que estás demasiado ocupado como para ir a visitarla ahora!

Estuve a punto de decir algo, pero él no me dejó dudar; atravesó el campo de aislamiento como si fuera agua, puso su mano sobre la mía y dijo:

—Vamos de una vez.

\*\*\*

Sólo recuerdo un zumbido, y que mi mente se sumergió en un torbellino de colores confusos, extraños, que perdí toda noción de espacio y de tiempo, que me quedé sin aire y tuve miedo, un miedo repentino y primordial. Fue como si de pronto no hiciera pie, pero cayera hacia arriba... Y luego estaba allí, en el porche de la casa de mi madre con él a mi lado, sonriendo y alisándose el cabello como si se preparara para una cita. En verdad era un hombre enorme, mucho más alto y corpulento de lo que yo había imaginado antes de verlo de pie. ¿O sería que recién entonces comenzaba a mostrarse como era en realidad? Sin darme tiempo de hablar —y a ciencia cierta no sé que hubiera podido decir— alzó una de sus manazas y llamó golpeando la aldaba con delicadeza. Oímos pasos apresurados y abrió la puerta mi madre.

Estaba tan feliz de verme que me abrazó y besó y nos hizo pasar de inmediato.

—¡Adelante, adelante! —canturreó mientras nos guiaba hacia la cocina—. Algo me decía que iba a tener visitas. Estoy

preparando pishkis y tengo café recién hecho.

Atravesamos el comedor en penumbras y me pareció que la casa estaba tal como la recordaba. La adiviné algo envejecida, con la pintura descuidada, pero tan llena de chucherías como antes; hasta me pareció ver multiplicadas las figuritas de porcelana, los retratos en la pared, las carpetitas bordadas. Cada paso que daba adentrándome en ella, cada paso que daba hacia la cocina tibia e iluminada, lo retrocedía en el tiempo.

La cocina era el aroma de los pishkis, el sartén crepitante, las cortinas abiertas y el mantel blanco; mi madre de espaldas, batiendo: una escena de mi infancia. Él seguía sonriendo tan amistosamente que comencé a detestarlo. Nos sentamos a la mesa y, en medio de una alegre charlatanería, mi madre se desvivió por atendernos. Él seguía una a una sus palabras y hacía comentarios que a ella le encantaban. Le preguntó por sus dolencias y ella las minimizó; entonces la regañó por no cuidarse lo suficiente y ella rió con coquetería. Por fin exclamó:

—¡Qué ricos están los pishkis!

—¿De verdad? Por el racionamiento se consiguen cada vez menos cosas, tuve que arreglarme con lo que había en el mercado y me preocupaba que quedaran medio secos...

—Nada de eso: ¡Estos son los mejores pishkis del mundo!

Esa gota rebalsó el vaso. Casi le grité:

—¿Qué necesidad tiene de mentir?

Las palabras me salieron duras, más de lo que yo esperaba, más de lo que hubiera querido. Mi madre me miró extrañada, ahogando un reproche, pero él me habló sin rencor ni falsa amabilidad.

—Yo nunca miento. En este momento éstos son los mejores pishkis del mundo.

No supe cómo contestar.

—¿Nos disculpa, señora? Su hijo y yo vamos a salir un momento...

Me tomó por el hombro y casi me arrastró hacia la puerta de la cocina. Una vez que estuvimos fuera, en la galería, me señaló el escalón del borde para que me sentara; luego se sentó a mi lado. El pequeño huerto estaba en sombras, las casas vecinas en

silencio. Me sentí como cuando era niño y mi padre estaba a punto de reprenderme por algo que yo sabía que había hecho mal. Pero la reprimenda nunca llegó. Él parecía dolido más que enojado.

—Escúchame —dijo finalmente—, sé que esto debe ser bastante extraño para ti y que no tienes ninguna razón para confiar en lo que te digo. Pero está pasando. Y puedes disfrutarlo o dedicarte a discutir conmigo.

Yo trataba de ordenar mis pensamientos, pero me sentía demasiado abrumado para pensar o para tomar cualquier decisión. Me pregunté qué esperaba lograr él haciéndome pasar por todo aquello. La cabeza me daba vueltas. Todo lo que pude hacer fue alzar los ojos al cielo. Y fue como si lo viera por primera vez. La noche estrellada me pareció ajena. Inquietante. Pero increíblemente hermosa. Después de un momento dije:

—Volvamos adentro. Mamá debe estar preocupada.

\*\*\*

Confieso que me costó sobrellevar la sensación de extrañeza que experimentaba. Miraba a mi madre y no podía dejar de preguntarme si ésa era realmente mi madre o si yo estaba realmente allí hablando con ella. Sin embargo, llegado un punto, me dije: Qué más da. Está pasando. Y poco a poco empecé a disfrutar de la charla, y comprendí —sorprendido, avergonzado— cuánto hacía que la llamaba sólo por compromiso. No tuve que decírselo, ella parecía darse cuenta de lo que me sucedía, parecía incluso haberme perdonado. La vi rejuvenecer tanto en un par de horas que lamenté que mi padre no estuviera con nosotros para verla.

Cuando la réplica de reloj cucú anunció las once, él dijo que ya era hora de irnos y se despidió de mamá con el cariño de un hijo; me tomó del hombro y se encaminó hacia la puerta principal. Antes de salir se volvió para recomendarle que no tomara frío y decirle que yo volvería a visitarla pronto.

Una vez en el porche, me quejé del compromiso.

- ¿Por qué le dijo eso?
- Porque vas a venir.
- ¿Cómo lo sabe?

Me sonrió de un modo extraño, casi feroz, y no quise seguir indagando.

Todavía me zumbaban los oídos debido al salto y, frotándome las sienes, me pregunté cuántas pastillas necesitaría para alejar el dolor de cabeza que estaba sintiendo. Me subía desde la base del cráneo como una especie de resonancia, igual que si me hubieran dado un recio cachiporrazo en la nuca. Entonces lo escuché decir:

—Hace mucho que no ves a tu esposa, ¿no? ¿Cuánto tiempo llevan viviendo separados?

Su pregunta fue como una patada en el hígado.

—¿A qué viene eso?

—¿Y a tu hija? ¿Cuándo fue la última vez que...?

—Ella ya está grande —respondí, cortante.

Buscó en mis ojos y sonrió maliciosamente.

—¿De qué tienes miedo? ¿De que te pregunte cómo te ganas la vida?

Otra patada en el hígado.

—Yo siempre cumplí con ella y con su madre. Nunca dejé que les faltara nada —me defendí.

Él rió.

—Y nunca les faltó nada. De eso les diste grandes cantidades: de nada. Ausencia fue lo que más les diste.

Me observó durante un instante, como evaluando si yo valía el esfuerzo. Esa mirada, a medio camino entre la compasión y el desprecio, terminó de violentarme. ¿Quién era él para meterse en esos asuntos? Ya estaba listo para enfrentármele cuando apoyó su mano en mi brazo y, suavizando el tono, agregó:

—Seguro todavía puedes recordar cómo eran las cosas en un principio. No ha pasado tanto tiempo.

Sentí que se me ablandaba el cuerpo de un modo antinatural. Imágenes como destellos me fueron poblando la mente. En la chatura de mi memoria, algunos detalles comenzaron a cobrar relieve, como si fueran

las únicas partes importantes de un tapiz enorme que reconocía con la yema de los dedos. Cada uno de esos detalles era semejante al fragmento de una imagen holográfica: una parte y el todo. Ella volvía a mí en el tenue brillo que tomaba su piel al hacer el amor; en el perfumado azul de las flores que tanto le gustaban; en el sabor de su café, que nunca pude igualar. Toda nuestra vida juntos estaba en la palidez jubilosa de su rostro el día de nuestra boda, en la primera canción de cuna y en el primer llanto de nuestra hija...

—¿No te gustaría estar con ellas otra vez? —preguntó.

No supe qué responder. Todo eso había sido durante la Reforma, antes de la ocupación. Había sucedido en otra vida. Le había sucedido a otro hombre. Estaba claro que yo había cambiado. No me agradaba pensar qué tanto. No me agradaba recordar las cosas que había hecho para sobrevivir, las cosas que todavía hacía para conservar mi posición, para mantener contentos a los Nuevos Amos. Pero comprendí que mi familia era una especie de vínculo con esa época anterior, esa época inocente y feliz en la que todavía no sabíamos lo que el mundo podía hacernos.

Me escuché decir, con voz casi ajena:

—Vayamos a verlas.

Y él me sonrió.

\*\*\*

Volví a perderme en ese torbellino del primer salto, volví a sumergirme en la maraña de colores y sensaciones contradictorias, pero ya no tuve miedo. Esta vez me dejé envolver por esa calidez que me invadía y me arrastraba. Y de pronto me hallé parado a su lado, en el pasillo exterior del vigésimo piso de la torre habitacional. El viento silbaba con crudeza a nuestras espaldas. Recién entonces caí en la cuenta de que era casi medianoche y estábamos llamando a la puerta del departamento de mi ex-esposa.

—¡Esto es una locura! —dije—. ¿Qué estamos haciendo?

Él me miró amenazante y me impuso silencio con un gesto; ya se oían los pasos acercándose a la puerta. Alguien observó por la mirilla y, después de un instante, volvió a observar. La puerta se entreabrió, todavía

sujeta con la cadenita de seguridad, y vi aparecer su cara. Qué linda estaba.

—¿Václav? ¿Qué haces aquí?

¡Su voz! Casi había olvidado esa cualidad cristalina que el teléfono le robaba y que tanto había amado yo alguna vez... Intentando disimular mi turbación, balbuceé:

—Bueno... En realidad, pasaba... y se me ocurrió venir para saber cómo estaban ustedes.

Me miró desconcertada. Comprendí que no había estado con ella cuando más me necesitaba, que no nos habíamos visto las caras en mucho tiempo y que ahora yo aparecía diciendo que pasé por ahí y, al ver luz, subí. Pero no hubo reproches. Quitó la cadena y abrió la puerta.

\*\*\*

Me dio la sensación que el departamento era más pequeño de lo que yo recordaba. Me sentí sofocado entre aquellas paredes. Comprendí con amargura que el hogar que yo había abandonado ahora resentía mi presencia.

Sentado en la modesta sala, no podía dejar de mirar un portarretrato antiguo que había sobre un estante, donde se alternaban tres imágenes de una misma serie —mi esposa y mi hija haciendo morisquetas y payasadas en algún sitio fuera de la ciudad—; no podía dejar de preguntarme quién habría tomado las fotografías.

Ella regresó de la cocina con los vasos, excusándose porque lo único que tenía para ofrecernos era un viejo licor. Él respondió que eso estaría perfecto y, mientras la ayudaba a servir, comenzó a hacer todo lo posible por parecer el hombre más agradable del mundo. Insistía buscando conversación e intentando disolver las asperezas de nuestra mutua incomodidad, y pensé que había algo patético en aquella situación; sus esfuerzos me recordaron los del amigo aquel que nos había presentado tantos años atrás y sonreí; ella pareció estar pensando en lo mismo y sonrió también. Mencionó a los amigos que habíamos tenido en aquella época, pequeñas anécdotas. Había tanta gente de la que no habíamos vuelto a saber, tanta gente que había muerto o desaparecido; temí que hiciera preguntas y la conversación tomara ribetes

espinosos, temí que mencionara a su hermano, a quien yo no había salvado, pero no lo hizo.

De a poco, la charla se hizo más y más cálida. Ella se quedaba en silencio de tanto en tanto y luego reía, como si sus propios recuerdos fueran muy graciosos. Yo la miraba y sentía cómo se iba emborrachando mi corazón. Por fin, pregunté por mi hija.

—Ah, ella está bien —respondió—. Se quedó en casa de una amiga. Pronto comienza su noviciado y está un poco nerviosa. —Quiso mostrarse confiada, pero algo tembló en su voz.

¿Su noviciado? ¿Entraría a un campo de entrenamiento? Sentí un súbito malestar. Conocía a los uniformados que salían de esos campos, sus cabezas rapadas, sus miradas vacías, sabía de su obediencia ciega y de su gusto por la brutalidad. ¿Mi hija, la niña que sonreía y hacía morisquetas en esas fotos, entraría a uno de esos campos? Allí le arrebatarían todo lo que era, todo lo que hubiera podido ser. Pero qué otras opciones había en nuestra patria ocupada: estudiar era peligroso, siempre estaría bajo sospecha, y una mujer joven, una que no había recibido una gran educación, que no era rica y a la que sus padres no podían enviar al extranjero, no tenía mucho de dónde elegir. Ella crecía rápidamente y cuanto más tiempo pasara, menos posibilidades tendría de ingresar. Yo sabía que en los campos sólo aceptaban “mentes frescas”. Ella entraba en la adolescencia, estaba en la edad justa; después de los dieciocho sólo la tomarían para tareas de limpieza. Si ingresaba ahora, hasta podría hacer carrera en las nuevas Fuerzas de Seguridad.

Me repetí que quizás fuera lo mejor... pero eso no aplacó la sensación de angustia que me había invadido.

Sin embargo, me dije que no debía intervenir, que quién era yo para opinar o para cuestionar las decisiones que se tomaran en aquella casa, no era más que un extraño, un intruso, allí...

Abatido, me pasé la mano por el rostro, y cuando alcé la vista descubrí que mi esposa me estaba mirando; había un profundo dolor en sus ojos. Recién entonces comprendí el significado del temblor que antes había

detectado en su voz. Fue como si la escuchara decir: “Si mi hija tuviera un padre que cuidara de ella no tendría necesidad de entrar a un campo”.

El peso de esas palabras no pronunciadas me derribó.

No fue como antes, cuando la suma de sus reproches taladraba mi cerebro. Este mudo reclamo me atravesó limpiamente, como una hoja afilada. La contemplé sentada allí, algo inclinada hacia adelante, con las manos juntas sobre el regazo, tan cerca y a la vez tan lejos de mí, y la amargura me tiñó por dentro. Tuve ganas de matarla. Porque no lloraba, porque podía vivir sin mí, porque tenía el descaro de señalarme mi ausencia. Tuve ganas de levantarme y salir dando un portazo. Tuve ganas de no haber vuelto jamás. Tuve ganas de nunca haberla conocido. Pero antes de darme cuenta imploraba a sus pies:

—¡Perdóname! ¿Qué tengo que hacer? ¿Dime qué tengo que hacer para que me perdones!

Mi reacción la tomó tan por sorpresa que casi la hice saltar de su asiento. Me sentí ridículo. Descorazonado, oculté el rostro entre las manos, ahogándome con mi propio llanto. Pero entonces sucedió algo extraordinario: ella se inclinó hacia mí, despacio, y me acarició la cabeza. “Tranquilo, no te pongas así”, dijo su voz cristalina, “todo va a salir bien”. Y yo le creí.

Me hizo alzar la cara, secó mis lágrimas y me sonrió trémula. Luego me besó. Sentí que el cuerpo se me incendiaba. No sé que hubiera hecho si hubiésemos estado solos. Busqué y busqué en mi mente, y no pude hallar ningún motivo valedero para nuestra separación, no encontré más que pobres excusas, y siempre detrás de eso la sensación de ausencia, de ver los hechos sucediéndose como en una vida ajena.

Se me hizo muy claro que de algún modo, durante la confusión de la guerra, yo me había... perdido. Había tenido esperanza, había pensado que el cambio era posible, había pensado que después de la Reforma nuestra nación finalmente tendría una oportunidad, que tanto sacrificio, tanta lucha y tanta muerte no serían en vano. Realmente había creído. Y la ocupación había matado una parte de mí. Lo que vino después —mi contratación como intérprete y luego como

negociador, mi ingreso al Ministerio y las progresivas concesiones que había hecho, sintiéndome obligado a demostrar en cada acto mi eficiencia, mi lealtad, mi compromiso con el Nuevo Orden—, todo había sucedido como consecuencia de aquella primera resignación.

Me había alejado cada vez más de los que me rodeaban, me había encerrado cada vez más en mí mismo. Al final no pude hacer otra cosa que mudarme a la Sede Ministerial; no toleraba las miradas de temor, suspicacia o desprecio de aquellos con los que me cruzaba en las torres habitacionales, estaba cansado de que pintaran “TRAIDOR” en nuestra puerta y temía las represalias de algunos elementos de la resistencia, pero lo que se me hacía más difícil de soportar era el silencio que se había instalado en nuestra mesa. Y ahí, hincado frente a mi esposa, como si luchara contra ese silencio que me había entumecido durante tanto tiempo, dejé salir las palabras a borbotones y se lo conté todo.

Hablé y ella escuchó durante la madrugada entera, hasta que él dijo que debíamos marcharnos.

Asentí mansamente y me puse de pie. Lo mismo me hubiera entregado en ese momento a cualquier tarea que se me hubiese encomendado.

Mientras mi esposa nos saludaba desde la puerta, él prometía que yo llamaría pronto para salir con ellas, y yo me limitaba a sonreír. Qué más podía hacer. Sabía que haría ese llamado.

Recuerdo que caminaba detrás de él, un poco aturdido todavía, cuando vi algo que apareció y desapareció entre las fachadas de los edificios de enfrente. Todavía estábamos en el pasillo exterior del vigésimo piso y retrocedí un paso y luego otro, observando, buscando el origen del destello. Y allí estaba: una pequeña ranura vertical entre las moles de las torres por la que se podía ver el sol saliendo sobre la bahía. La luz dorada me sobrecogió. Era un día seco y fresco, el aire estaba limpio y parecía que desde ahí se podía ver muy lejos. A un mundo de distancia.

Pero el viaje terminó.

Y un momento después estábamos en la celda una vez más.

Erguí la cabeza como buscando a qué aferrarme. Él seguía sentado frente a mí y sonreía. Detrás se alzaban las paredes de la celda. Inseguro, temiendo lo que habría de venir, busqué mi reloj y confirmé lo que era de esperarse: habían pasado sólo unos minutos desde que yo había entrado. Olvidé mi trabajo, el procedimiento, lo que se supusiera que debía hacer allí. Sentí que se me revolvía el estómago, que una rabia absoluta, envenenada, se desataba en mí, sentí que llegaba a odiarlo de un modo en el que nunca había odiado a alguien.

Me lo habían advertido: “Quizás haga su numerito contigo”, pero nunca imaginé que me afectaría tan profundamente. No era la primera vez que tenía que tratar con mutantes, pero ninguno de los anteriores había resultado ser tan poderoso y siempre mis propias capacidades habían sido suficientes para bloquear su influencia.

Debería haberlo sospechado.

Debería haber sabido que él, con su repentino surgimiento, con sus misteriosas apariciones en público (que seguían reportando incluso después de su arresto), con el extraño efecto que sus discursos tenían en la gente, no era un activista más. ¿Qué lo había hecho salir de la clandestinidad y dejarse capturar? Me dije que no debía olvidar que los Nuevos Amos tenían un poderoso enemigo, dueño también de una tecnología fabulosa e incomprensible. ¿Serían los responsables de sus capacidades sublimadas? ¿Lo habrían enviado Ellos? Pero, ¿con qué fin? ¿De qué modo podría beneficiar a la resistencia local este encarcelamiento?

Sin embargo me dije que no podía esperar a saber tales cosas, porque resultaba innegable que él era más peligroso que todos los otros agitadores juntos; me dije que los pobres estúpidos que se reunían a escucharlo, esos que llevaban meses clamando por su libertad, no eran más que víctimas de sus manejos; me dije que debíamos destruirlo, de inmediato.

Sé que mientras él me observaba sin decir palabra le grité insultos que me quemaban la boca, como me quemaba el miedo, el resentimiento y el desprecio hacia mí mismo por haberle permitido manipularme

a su antojo. Mis gritos atrajeron a los guardias que rápidamente abrieron la puerta. Impulsado por la revulsión, salí disparado hacia el exterior del pabellón y recorrí los pasillos más aprisa que nunca.

\*\*\*

Llegué a la Jefatura con el sudor corriéndome por debajo de la camisa. Me cedieron el paso y un momento después estuve frente al Jefe de los Pabellones de Detención. Me costó hablar, tenía la garganta seca, pero finalmente dije lo que había ido a decir.

—No va a firmar. —La voz se me entrecortó y me dejé caer en la silla—. El muy desgraciado no va a firmar. No lo hará ahora ni dentro de diez años.

—Tenemos todo el tiempo del mundo... —comenzó a decir el Jefe.

Negué con la cabeza.

—No lo recomiendo, señor. Resulta evidente que ha sido modificado y es probable que la mayoría de los procedimientos de los que disponemos no tengan el efecto deseado en él. Sería una pérdida de tiempo y de recursos. Y cuánto más tardemos en ponerle un punto final a la situación, más crecerá su imagen entre la gente.

El Jefe se miró las manos; luego miró al Oficial Político, que fumaba sentado en silencio algunos metros más allá. Lo que yo acababa de decir no parecía sorprenderlos en lo más mínimo. El Jefe movió el brazo sin prisa, alcanzó el teléfono y marcó. Intercambió algunas frases lacónicas y colgó el auricular.

—El Borrado —dijo— se realizará mañana a primera hora.

Yo sabía que sería así, que si no existía oportunidad de que él declarara públicamente que estaba arrepentido de sus acciones y dispuesto a reformarse, que sus actos no eran más que ilusionismo, que eran engaños planeados para promover al caos y al desorden, debía ser sometido a ese procedimiento. Y sin embargo me inquietó escuchar la sentencia. Siempre creí que había algo realmente siniestro en el Borrado, siempre creí que era una forma de muerte peor que la muerte, porque se basaba en quemar algunas zonas del neocórtex, de eliminar con precisión quirúrgica ciertas

secciones de la memoria. Cuando terminaba el procedimiento, el condenado todavía podía hablar y comer solo, sabía escribir y atarse los cordones, incluso recordaba su nombre y algunas cosas de su pasado, pero había perdido todo aquello que en algún momento lo había hecho ser quien fue.

Salí del despacho.

Me repetí que así era como debía ser, que aquello era lo mejor, que no había opción.

\*\*\*

Abrí la puerta de mi oficina sin voluntad. Sólo encendí la lámpara del escritorio. Busqué en el librero, saqué la botella semivacia y me eché sobre el diván. Miré alrededor y comprendí que llevaba demasiado tiempo allí, metido entre montañas de expedientes, haciendo el trabajo que nadie más quería hacer.

Mudarme al Ministerio quizá no había sido tan buena idea.

Claro que podría salir cuando quisiese... pero ¿dónde más iba a ir?

La idea del afuera se había vuelto extraña para mí, como si lo que había más allá de las paredes de la Sede Ministerial hubiera comenzado a desvanecerse apenas acepté el empleo.

Las paredes grises rodeándome por completo, continuamente, fuera cual fuese el lugar en que me encontrara... Ésa era mi realidad.

Intenté alejar esa imagen dándole un buen trago a la botella. Y como no se resignaba al olvido tomé otro y otro más. El dolor de cabeza se había vuelto insoportable. Busqué en mi bolsillo y saqué el frasco con pastillas. Me habían dicho: "Nunca más de dos. Nunca con alcohol". Tomé cuatro y las empujé con un par de tragos más.

Fui cayendo en un sopor pesado y doloroso. Pero a medida que mi conciencia se achicaba y me iba acurrucando en un rincón de mi mente, sentí que algo se extendía sobre todo aquel territorio que yo abandonaba. Fue como si, al irme retirando al fondo de una enorme casa, alguien me siguiera a la distancia encendiendo las luces que yo apagaba. Quise volver sobre mis pasos, enfrentarlo, pero me

faltaron las fuerzas. Sentí recelo, impotencia; luego, una paulatina resignación; y al final, inexplicablemente, esperanza.

Tuve sueños confusos, llenos de sensaciones contradictorios e imágenes extrañas.

Soñé con una semilla que germinaba y con una enredadera incesante que llegaba a tocar todas las cosas del mundo.

\*\*\*

Me incorporé trabajosamente hasta alcanzar el teléfono.

—Hable —dije.

La voz pronunció mi nombre, dudando; tardé un momento en comprender que era la voz de mi esposa. Se disculpó tan dulcemente por llamar a esa hora que se me encogió el corazón. Luché por aclarar mi mente mientras la escuchaba hablar, traté con todas mis fuerzas de entender lo que me decía, pero me distraía buscando esa cualidad cristalina que tanto extrañaba en su voz...

De pronto me hallé contemplando el auricular que descansaba colgado sobre el teléfono. ¿Ella me había invitado a almorzar? ¿Realmente había llamado o yo lo había soñado? No lograba estar seguro. Era como si mi cerebro hubiera sufrido un cortocircuito.

Un chillido de acople me sobresaltó.

—Hombre muerto caminando —dijo una voz en el sistema de altoparlantes.

El modo usual de proclamar que alguien estaba siendo trasladado para un procedimiento final actuó en mí como un disparador. Me puse de pie y tomé el arma del cajón. Miré mis manos: ya no temblaban. Salí de la oficina caminando rápidamente. Me sentía envuelto por un leve estupor. Sin embargo, algo se desenrollaba y se expandía hasta llevar claridad a cada rincón de mi mente. Era como si yo fuese al mismo tiempo espectador y protagonista de una película cuyo argumento iba descubriendo sobre la marcha.

No esperé el ascensor, tomé las escaleras y bajé aprisa.

Cuando llegué al tercer nivel procuré tranquilizar mi respiración, abrí la puerta y caminé por el pasillo. Detrás del segundo recodo estaba una de las puertas de sección.

Saludé a la cámara y pasé la identificación por el sensor. Me pregunté si en realidad alguien me estaría viendo. Probablemente todos estén pendientes del procedimiento. Y la perspectiva de no llegar a tiempo me heló la sangre.

Corrí escalones abajo. Me sentía disociado de mi cuerpo. ¿Qué me proponía? ¿Qué haría al llegar a la sala de ejecución? No lo sabía. Pero tampoco dudaba.

El último trayecto hacia el Recinto se me hizo interminable. Los tramos de escaleras, los pasillos y los recodos se sucedían y alternaban como en un laberinto que cambiaba de forma. Cuando me vi frente al puesto de acceso apenas podía creerlo.

Agité la mano como saludo y los guardias me respondieron como tantas otras veces. Uno de ellos me cedió el paso abriendo la primera reja y, cuando esta ya se había cerrado a mi espalda, preguntó:

—¿Viene al Borrado?

Asentí, tratando de mantener la sonrisa; me perturbó notar en sus ojos un siniestro vacío del que nunca antes me había percatado.

—Le llegó el día, ¿verdad? Lástima que el procedimiento sea privado... —comentó su compañero.

Advertí que existía una especie de acuerdo tácito para no pronunciar su nombre, y percibí en el aire ese particular temor a lo desconocido que angustia a las mentes pequeñas.

Era de esperarse que las Nuevas Autoridades desearan pocos espectadores. Él se había vuelto demasiado conocido, demasiado peligroso, como para ejecutarlo públicamente. Ni siquiera podían asesinarlo en silencio, para luego tirar su cuerpo al mar o enterrarlo en una fosa común en algún lugar del desierto. No. Serían más sutiles, más perversos. Se limitarían a remover de su mente todo lo que lo definía como individuo, lo convertirían en alguien que no se recordara a sí mismo, y luego lo liberarían para que deambulara por las calles, silencioso y apático, a la vista de todos.

—Sí, claro, el procedimiento es privado —concedí—. Pero yo no puedo faltar.

Me observaron durante un instante. Luego, el que había hablado primero respondió:

—Por supuesto. —Y sonrió con desprecio. El mismo desprecio que yo había encontrado tantas veces en aquellos que me contemplaban.

Accionaron el mecanismo que abría la segunda reja y avancé.

\*\*\*

Al trasponer las grandes puertas advertí que el auditorio estaba casi vacío. Se me ocurrió que la escasez de público se debía a que el espectáculo había sido representado demasiadas veces. Entonces el enorme vidrio espejado se fue haciendo transparente y lo vi del otro lado. El técnico preparaba su equipo junto a una mesita metálica y él estaba amarrado a lo que llamaban el Sillón del Adiós. Sus ojos se encontraron con los míos, simplemente me sonrió y supe con claridad lo que debía hacer.

Saqué el arma de la cintura y tiré contra los guardias que protegían la entrada a la cámara central.

Tiré avanzando a grandes zancadas entre los gritos y la estúpida sorpresa de los presentes.

Alguien se puso de pie, armado, vociferando; le disparé sin siquiera volverme a mirarlo, y seguí adelante.

Una parte de mí vociferaba tanto como ese espectador lo había hecho, gritaba más alto que el ulular de la alarma que ya reverberaba en los muros: me parecía increíble lo que acababa de hacer, me parecían increíbles la frialdad y precisión con las que estaba actuando.

Empecé a creer que era posible, que si lo sacaba de allí quizás pudiéramos escapar. Conocía el protocolo de seguridad del Ministerio, sabía que los guardias del acceso no se moverían de sus puestos, que nadie entraría al Recinto hasta que llegara el Grupo de Contención; eso me daría algunos minutos de ventaja. Después de liberarlo, podría utilizar a los espectadores (algunos, importantes funcionarios del Régimen) como escudo para garantizar nuestra salida.

Empecé a creer que era posible, que si lo

sacaba del Ministerio quizás pudiera llevarlo con gente de la resistencia; ellos sabrían qué hacer para esconderlo o sacarlo del país; probablemente mi fama me precedería, ellos dudarían de mis razones y tratarían de matarme, o tratarían de matarme aunque no dudaran de mis razones, pero debía intentarlo.

Sí, empecé a creer que era posible.

Me había llevado sólo unos segundos cruzar la sala.

Quitó el seguro de la puerta, entré a la cámara y el arma del técnico me estaba esperando. Durante un instante estuvimos apuntándonos mutuamente con el brazo extendido. Recuerdo que pensé: A esta distancia, ninguno de los dos puede fallar. Debió haber pensado lo mismo, porque hizo algo que yo no esperaba: giró y le disparó a él. Tengo que admitirlo, no puedo menos que admirar a un hombre tan comprometido con su trabajo. Los dos tiros que le puse en la cabeza no fueron suficientes para borrarle la sonrisa. Cuando jalé del gatillo, esos estampidos resonaron en un mundo que de pronto se había vaciado de sonidos. Me acerqué al sillón sin saber qué hacer. Él se miraba el pecho ensangrentado; alzó la vista y me sonrió.

—¿Por qué tardaste tanto? —preguntó.

—Lo siento —respondí estúpidamente, mientras liberaba una de sus manos. Me faltaba el aire.

—Deja eso... Ya no tiene sentido.

Tomó mi mano. Había algo en sus ojos, algo diferente. Sentí otra vez el ramalazo de ese pavor instintivo que había mordido mi mente en la celda, la primera vez que lo había visto sonreír.

¿Esa había sido realmente la primera vez?

Quería entender qué me ocurría, pero era como si mi cerebro hubiera vuelto a sufrir un cortocircuito.

¿Yo lo había visto antes? ¿Yo lo conocía? ¿Desde cuándo?

Con temor creciente, pensé en las visitas que habíamos hecho a mi madre y a mi esposa, y en la forma en que nos habían recibido.

¿Por qué yo no había tenido que presentarlo?

Tenía que ver con algo que estaba muy, muy en el fondo de mi mente. Algo que no lograba recordar.

¿Por qué no podía recordar?

Al esforzarme, vino la primera punzada. Fue como si un alfiler atravesara mi ojo derecho. Junto con el dolor, vino un escalofrío. Cautelosamente, intenté recordar otra vez y apenas pude contener un grito. Supe que no se trataba de un Borrado, ni siquiera de una Supresión. Lo que yo estaba sintiendo eran los efectos de un Cerrojo, un procedimiento por el que uno dejaba de tener acceso a ciertos elementos de su pasado. Entendí que no se trataba de que los Nuevos Amos hubieran vaciado mi memoria; no habían tenido que hacerlo; yo había renunciado a ella. Un condicionamiento como el Cerrojo sólo funciona si es implantado por propia voluntad. Se me revolvió el estómago. Sabía que yo había elegido cambiar, había elegido "ajustarme", pero ¿hasta ese punto?

¿A qué cosas había renunciado?

No importaba.

"Una memoria incompleta determina una identidad incompleta, una identidad que puede ser modelada", el Jefe me lo repetía siempre al hablar del Supresor.

Y para el caso esto era igual.

¿A qué parte de mí mismo había renunciado?

Sólo había un modo de saberlo.

Los recuerdos estaban allí, no los había perdido en realidad; esa era la particularidad de un Cerrojo. Si soportaba el dolor, podría alcanzarlos. Comprendí que no sería fácil. Nunca he sido un hombre muy fuerte, y siempre le he temido al dolor. Además, se me hacía cada vez más difícil luchar contra ese terror, contra el furioso deseo de huir que iba creciendo a medida que consideraba la posibilidad de llegar a mis recuerdos.

—Yo te ayudaré —dijo él. Y apretó más mi mano. Un hilo de sangre le brotaba de la comisura.

Quise retroceder pero no me soltó.

Ahogado de pavor, quise preguntar por

qué estaba sucediendo aquello, por qué a mí, por qué en aquel momento, pero antes que yo pudiera articular las palabras él respondió:

—Porque algunos no hemos perdido la fe en ti.

Y de pronto reconocí el brillo de su mirada. Fueron como chispazos en mi mente. Sensaciones que se abrían paso, emociones prefigurando recuerdos. Antes incluso de ver imágenes, antes de saber cuándo o cómo había sucedido, supe que él había sido mi amigo. Más que eso. Supe que habíamos crecido y luchado juntos. Y supe que ahora había venido a liberarme.

Como si se rompiera un dique y un río desbocado, hambriento de valles, reclamara los secos cauces de mi mente, los recuerdos me inundaron con un dolor incandescente. Caí de rodillas. Pero Havel no me soltó. Y a medida que la vida se le iba yendo, a medida que su cuerpo se vaciaba de energía, yo me llenaba por dentro.

Me completaba.

Me potenciaba.

\*\*\*

Todavía temblando, retiré las manos con las que me había cubierto el rostro y alcé la cabeza. El Grupo de Contención entraba al Recinto después de volar las grandes puertas; pronto estarían en la cámara central.

Mi ventaja de algunos minutos había terminado.

Y entonces, de pronto, me hallé sin miedo, y comprendí que ya no había lugar para el temor en mi alma ahora fortalecida. Me puse de pie y levanté las manos. En ese momento volaba la segunda puerta y ellos me rodeaban. Por un instante, antes de que se echaran sobre mí, me di cuenta que estiraba los labios en una sonrisa, una sonrisa que seguramente los asustaba más que cualquier otra cosa.

\*\*\*

Estoy metido en un campo de aislamiento, pero para mí no significa nada. Podría atravesarlo como si fuera agua.

Los escucho hablar fuera de la celda.

—¿Cómo pudo pasar? ¿Cómo permitieron que ocurriera esto?

—Es la primera vez que un procedimiento es revertido, señor.

Sé que me propondrán un trato, que querrán confundirme, intimidarme, forzarme a negar la verdad de lo que soy, sé que amenazarán con ejecutarme, con cosas peores que la muerte. Por supuesto, esas amenazas no me preocupan en lo más mínimo.

Nunca me sentí tan fuerte como ahora.

No podrían hacerme daño ni aun destruyendo este cuerpo.

Entonces recuerdo a aquellos a los que les disparé. Los que murieron ahora también eran culpables, como antes fui culpable yo. Nadie puede ser inocente si permanece impasible frente a la injusticia, frente a la atrocidad, frente a la ignorancia.

Durante demasiado tiempo quise olvidar quién era yo y lo que podía ser, durante demasiado tiempo quise olvidar que era distinto, que podía hacer cosas que nadie más podía, durante demasiado tiempo quise olvidar que podía cambiar el mundo, o que por lo menos podía luchar para que las cosas fueran diferentes. Pero eso ha terminado.

Me quitaron el reloj, sin embargo ya no lo necesito. Inspiro profundo, y es casi como si lo hiciera por primera vez. Un auténtico bienestar me colma por dentro. Cierro los ojos de la carne y abro los de la mente. El sol, alto en el cielo claro, me confirma que es hora de almorzar. Sé que alguien me está esperando, que otro sitio me reclama. Me digo que no debo perder el tiempo: tengo una hija que entrenar, un movimiento que organizar, toda una vida por vivir. Mientras fijo en mi determinación la imagen de ese sitio al que acudiré, me siento como un deportista ansioso, que se prepara probando sus músculos, estirándose despacio, dejando que el deseo señale el camino. Me remuevo dentro del campo de aislamiento, como tomando envión, y salto.

Registro SAFE CREATIVE #0809140983019  
Todos Los Derechos Reservados



INFO ABOUT RIGHTS



0 809140 983019

[www.safecreative.org/work](http://www.safecreative.org/work)

# El proyecto

Ana Belén Sánchez

Sareh se despertó con la sensación de haber tenido un bonito sueño y de haber descansado bien. Esa mañana se sentía optimista. Como siempre, era de las primeras en empezar el día. El laboratorio de investigación aún se veía prácticamente desierto, sólo un par de técnicos madrugadores. Se decidió a sumergirse en los tediosos y complejos cálculos que le habían pedido resolver. Él se lo había pedido, y ella, aunque le llevara semanas, los resolvería. Cuanto antes los terminara, más se impresionaría él, y de paso, se mantenía entretenida hasta que llegaran los demás.

Y siguiendo la costumbre, la directora de proyectos era la siguiente en llegar. Sareh no le tenía mucha simpatía. Era una mujer delgada, muy estirada y rubia de bote. Nadie sabía apenas nada de su biografía, lo que la otorgaba cierto aire de misterio, y no se sabía bien por qué, ello la daba bastante credibilidad ante a los ojos de sus colegas. No necesitaba aparentar competencia, era una persona tremendamente eficaz. Demasiado para Sareh; esa mujer no sabía relajarse.

El extraño zumbido del campo magnético que daba acceso al laboratorio vibró en el ambiente. La expectación de Sareh era máxima ante la previsible entrada de él, pero hoy tardaba algo más. El complejo de edificios que componían los distintos módulos de investigación se situaba bastante lejos de la ciudad más cercana, a unos 30 km, más o menos. El objetivo de tal situación era dificultar el asalto de espías o ladrones de tecnología, y hacer más detectable su presencia en el caso de que ésta se produjera. Los distintos niveles de acceso a cualquiera de los laboratorios de investigación requerían un pesado trabajo de burocracia y comprobación de identidad. Los muros de los edificios habían sido construidos con varias capas de hormigón, acero e infinidad de sensores conectados en serie que hacían saltar una alarma en caso de que se rompiera la

continuidad del muro. La seguridad quedaba garantizada por un amplio dispositivo humano y tecnológico.

El siguiente en entrar era aquel tipo trajeado que Sareh veía de vez en cuando pasearse por el laboratorio. Sólo se dignaba a aceptar como válidas las opiniones y mandatos de la directora de proyecto, y sólo mostraba satisfacción cuando conseguía la promesa de esta de reducción de costes y de tiempo.

Por fin entraba él. Una sensación de alegría y felicidad inundó a Sareh. Hoy se le veía especialmente alegre. La sonrisa que portaba en su boca se reflejaba también en sus ojos, y en ese momento Sareh le deseaba más que nunca. Sin embargo hoy no avanzó a saludar como era habitual, sino que se dedicó a mantener una alegre charla con otros compañeros, lejos de la atención de Sareh. Eso la llenó de incomodidad. Debería ser lo primero que él hiciera. En su lugar, fue un psicólogo el que fue a saludarla.

—¿Qué tal estás hoy, Sareh? —le preguntó.

—Bien, bien —dijo Sareh distraídamente mientras centraba su atención en la charla que él mantenía con el técnico. Su sonrisa era perenne, y destilaba felicidad. Sareh sentía curiosidad. ¿Se sentía feliz porque por fin la había dejado? Y una ola de esperanza la invadió.

—Pues yo te noto algo rara —dijo el psicólogo.

Sareh centró su atención en el psicólogo. Nunca había entendido la presencia de estos profesionales en un laboratorio de élite. Había sido cosa de la directora de proyecto, eso lo sabía, pero no conseguía entender la función exacta de estos. Era verdad que había cierto componente médico en el tema de su investigación, pero a Sareh le parecía más lógica la presencia de los neurólogos, los cuáles se dejaban ver sólo de cuando en

cuando, que la de estos seres pseudomédicos, que parecían darle la vuelta a todo lo que pensabas. Ya le había comentado a él la fastidiosa presencia de estos psicólogos, que además no tenían ningún escrúpulo a la hora de introducir su punto de vista, innecesario a juicio de Sareh, en el trabajo de todos.

Además, Sareh les tenía miedo. Tenía miedo que un día descubrieran la especial relación que mantenía con él. Pasaban muchas horas hablando los dos, trabajando codo con codo, y a veces a Sareh le hacían preguntas incómodas. Sareh presentía que él también sentía algo especial por ella, a pesar de la otra. ¿Y si les descubrieran? ¿Podrían separarles? Y un pavor visceral la estremeció.

Cuando por fin él llegó hasta ella, su sonrisa no había desaparecido ni de su cara ni de sus ojos. Sareh estudiaba la forma de preguntarle delicadamente el motivo de su aparente felicidad. ¿Habría dejado por fin a esa mosquita muerta? Él le había dicho que su querida era más lista de lo que parecía en un principio, pero Sareh no se lo tragaba. Aún recordaba el día en que ambas se conocieron. La otra no paraba de hacer preguntas estúpidas.

“¿Y qué es esto?” “Un monitor de Cristal LCD con sensores táctiles” (¿Pero es que no lo veía?)

“¿Y para qué sirve?” “Es solo un monitor: sirve para recibir datos e introducir comandos” “Ahh” (había visto a lactantes que lo habrían identificado con mayor celeridad)

“¿Y por qué todos vais de blanco?”. Para eso Sareh tampoco tenía respuesta.

—Que contento te veo hoy. ¿Te has quitado un peso de encima? —le espetó Sareh directamente.

Él parecía algo confuso por la pregunta, pero no le dio importancia. La verdad es que después de dos años de réplicas inexplicables por parte de Sareh, sus planteamientos, faltos de lógica, habían dejado de sorprenderle.

—No, no sé... —dijo él riéndose— en todo caso, creo que me he puesto alguno más.

—¿Por qué? —preguntó Sareh intrigada.

Él dudó, pero al fin respondió:

—Malda está embarazada.

Por un efímero momento, el mundo de Sareh se volvió negro.

—¡Enhorabuena! —respondió el psicólogo.

Vaya, encima ese todavía seguía aquí. Tuvo que hacer un enorme esfuerzo por recobrar la compostura, aunque no consiguió recuperar la serenidad. La directora de Proyecto también se acercó al grupo, para felicitar al futuro padre. Todos a su alrededor irradiaban energía positiva y felicidad. Sareh se sentía como si nunca en su vida hubiera estado tan sola. La rabia y el dolor la carcomían. ¿Cómo era posible que él la hubiera engañado así? ¿Que había sido de aquellas incontables horas que habían pasado juntos, contándose sus intimidades, sus sentimientos? ¿No habían servido de nada? ¿Había sido todo una mentira? ¿Una mentira? ¿Y cómo podía él malgastar así su tiempo y sus genes con... esa? Era evidente para cualquiera que ella sería mucho mejor compañera, su inteligencia era infinitamente superior, tenía gran capacidad para escuchar, pero sobre todo, ella le adoraba.

Se sintió traicionada. Una rabia ciega le nublabla la mente. No era capaz de reaccionar.

—¿Te sientes bien, Sareh? —le preguntó él.

—Perfectamente —dijo sibilante Sareh.

—Ja, ja... está mintiendo —dijo el psicólogo.

Y Sareh sintió tanto odio hacia el psicólogo, que si hubiera podido, habría hecho que el techo se desplomara sobre él, que apareciera un león y lo despedazará, o que un asesino con un hacha se la incrustara en el cerebro.

—¿Puede hacer eso? —preguntó la directora de proyecto.

—Yo diría que te has pasado a la hora de modular la intensidad en el “sentimiento de amor”, y se ha enamorado de ti, Xavel.

Y Sareh deseó, con todas sus fuerzas, que el asesino con el hacha apareciera al doblar el acceso al laboratorio.

—No puede ser —dijo Xavel. La sonrisa en sus ojos se había evaporado—. Aún no hemos llegado a esos niveles de emoción.

—Arréglalo —dijo secamente la directora de proyecto antes de dar media vuelta e irse.

Y Xavel pulsó unos suaves toques sobre el monitor táctil, que después se transformarían en ordenados impulsos eléctricos sobre los circuitos de Sareh en forma de placer, hasta que llegó al comando que buscaba:

“¿Desea reiniciar el sistema?”. Pulsó sí. Y fue lo último que sintió Sareh.

Reiniciando proyecto Sareh... (Sistema de Análisis de las Respuestas Emocionales Humanas)



# Gracias, Alan

Rafael Caballero Roldán

Se creía que eran un mito, un sueño dorado del tiempo anterior a la Guerra Final.

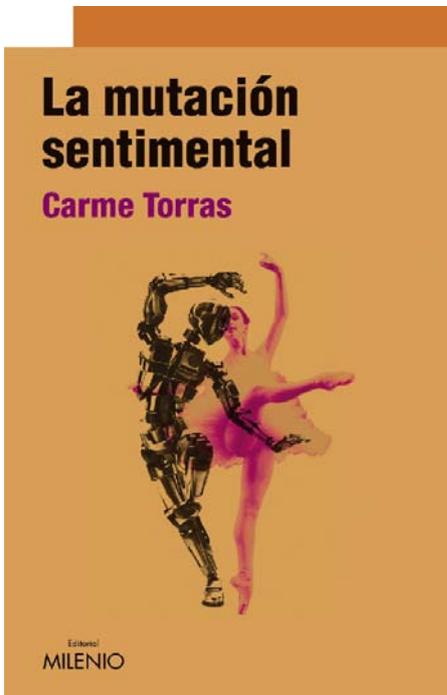
Pero no, los ordenadores existieron realmente, y yo fui el afortunado en probarlo al encontrar los planos intactos de una de aquellas obras máximas del hombre mientras excavaba en las Ciudades Muertas. Los documentos han sido estudiados e interpretados y ahora, pocos años después, multitud de poderosos aparatos cuidadosamente contruidos comienzan a mejorar nuestras vidas.

En este tiempo ha sido necesario formar un ejército de esclavos, los pedaleros, que hostigados por incansables latigazos mueven las inmensas cintas de papel hacia adelante y atrás en suave y acompasado movimiento. Mientras, los lectores gritan a viva voz los símbolos que encuentran en la posición de lectura, y los escribanos, marcan y borran abstrusos signos de poder indescriptible. Por supuesto, son los Sacerdotes los que, en permanente contacto con los dioses, escriben las SFT (Sagradas Funciones de Transición). Estas Altas Funciones, representadas por las Doradas Deltas que adornan nuestros templos, son las que determinan el futuro de cada uno de nosotros, quién debe morir (si una máquina alcanza un estado de rechazo al procesar su nombre) o quién está destinado a las más altas empresas.

Gracias Alan, extraño desconocido que firmaste los planos de la Gran Máquina Primigenia. Gracias porque día a día los ordenadores, como seguramente sucediera antaño, nos van haciendo más y más libres.

# La mutación sentimental

Carme Torras



La mutación sentimental  
Carme Torras  
Editorial Milenio  
ISBN: 978-84-9743-475-1

«Son las relaciones que hemos construido,  
que a su vez nos modelan»

Robert C. Solomon, *The Passions*, 1977.

## 1

### Alpha+

7:10 – Observo el sueño inquieto del doctor Craft. Ronca. Me acerco a la cama y conecto el micrófono al canal médico. ¿Se reciben los ronquidos? Registro confirmado. Adjunto informe: descansa sobre el costado izquierdo, durante la noche se ha dado la vuelta veintinueve veces y se ha levantado dos para ir a orinar, ha sufrido doce episodios de apnea de entre treinta y cincuenta segundos cada uno, ahora se mantiene en trece inspiraciones por minuto y sesenta y dos pulsaciones, constantes normales. Solicito permiso para aumentarle la dosis de Rhinofor. Corto comunicación.

7:15 – Hora de activar el despertador táctil. Combino leves movimientos del edredón con suaves caricias en las mejillas y la frente. En la nueva secuencia corrijo lo que no le gustó ayer: la nariz ni tocarla, más insistencia en las cejas descendiendo suavemente hacia las sienes. Abre un ojo, gruñe y se da la vuelta. Rodeo la cama y reanudo las caricias mientras hago sonar la melodía que descargué ayer del repositorio central, compuesta a medida para despertar los resortes anímicos del Doctor.

—¡Déjame en paz, bestia maldita!  
—ruge, mientras me propina un empujón que mis articulaciones absorben sin problema. Perfecto. Le ha gustado. Habrá que reforzar esta secuencia.

7:20 – Reprimo el programa primigenio de ofrecerle el brazo para ayudarlo a levantarse. Millones de ROBs en todo el mundo ejecutan cada mañana este gesto hacia sus PROPs, pero yo tengo que inhibirlo. El Doctor es un rebelde y debo adaptarme a él. Me construyeron con un plus de aprendizaje

precisamente porque se trata de una persona complicada. Él es el amo. Tampoco puedo indicarle que bajándose de la cama por el lado izquierdo quedaría a dos pasos del baño. He de dejar que dé toda la vuelta. Ya sabe que el camino es más largo pero “¿para qué hacer las cosas fáciles cuando pueden hacerse difíciles?” me soltó un día. No tiene lógica. Dice que le gusta “re-crearse” en las cosas y lo pronuncia así, separando mucho el “re”. Yo analizo todo lo que dice para adaptarme al máximo, pero el rendimiento es bajo. Prácticamente, lo único que he aprendido hasta ahora es a inhibir mis reacciones originales.

7:25 – Nunca entro en el baño cuando él lo ocupa. Otro “no” que he tenido que aprender. Pero me conecto al váter para registrar la analítica. La primera orina del día es la más importante. pH = 6, proteinuria negativa, glucosuria leve. Atribuible al exceso etílico de anoche. Análisis de heces: flora microbiana sin parásitos, leucocitos dentro del límite. Transmito: excrementos normales, recomendando para hoy dieta baja en azúcar.

## Doctor Craft

El hombre sentado en el váter se mira al espejo y emite un ladrido. Se me está poniendo cara de perro, piensa, y ladra otra vez. ¿Les pasa lo mismo a todos los viejos? Aprovechará el encuentro presencial de hoy para fijarse. Buenas noches señor bulldog; pase, pase usted, amigo fox-terrier, su husky está radiante esta noche. Mucho gusto, sí, soy el doctor pit-bull. Urrrgg. Si no contrae el rostro todo le cuelga: las bolsas bajo los ojos, las mejillas otrora turgentes, la papada. Por inercia su mirada baja a lo largo del vientre, la piel sin músculo de los muslos, la verga. Mírala, que inofensiva, con lo déspota que llegó a ser la muy canalla. Primero tras las mujeres, y después esa dichosa próstata que no le dejaba vivir. Envejecer tiene sus ventajas, ahora es él y solo él quien decide, cada hora, cada segundo del día.

Aliviado, se levanta de la taza y se enfrenta erguido al espejo. Frunce las cejas y algún pelo negro, hirsuto e indomable se dispara hacia arriba dándole un aire diabólico que le reconcilia con su físico. Urrrgg. Gran idea esta de los perros. Quizás diera de sí para un nuevo producto: “Joven, ¿quieres verte dentro de treinta años? Pues conecta tu

ROBcam y siéntate delante.” Fotografías del futuro. Bastaría con seleccionar una raza de perro en función de los rasgos más característicos de la cara y hacer un morfining de joven y perro. Esta noche hará la prueba con Hug Fort’1 y con Fi. Proyectará directamente las imágenes en sus espejos sin avisarles. Menudo susto se llevarán cuando, de pronto, se vean tan envejecidos.

Se deja caer de espaldas en la inmensa bañera y la red de esponja le recibe acunándole como a un niño. Ni se le ocurre que el mecanismo pueda fallar. Arriba, abajo. Abajo, arriba. Las olas que golpean contra la pared de porcelana dan la señal de salida a filas simétricas de burbujas que se estrellan contra su cuerpo. El cosquilleo le estremece y, cuando se habitúa a él, el resto de sus sentidos se abre a la fragancia vivificante de una mañana soleada y a la melodía anímica que sigue sonando. Pletórico. Se siente pletórico. Alpha+ lo ha dispuesto todo a la perfección. Se fiaría más de él que de su propia madre, si viviese. O de una hija o de una esposa, ni que decir tiene. Siempre ha sido un criado correcto, pero desde que le incorporaron el neuroacelerador aprende a una velocidad de vértigo y en pocos días se le ha amoldado como un guante.

Igual que el agua de la bañera que también se amolda a cada rincón de mi cuerpo, piensa, y mueve las piernas para permitir que la calidez alcance sus repliegues más íntimos. Una buena elección de estímulos, he ahí el secreto del bienestar. Dejémonos de implantes de autoayuda y demás artefactos neuropsicológicos, no podemos cambiar al hombre, no podemos dar la vuelta a su cerebro, no podemos siquiera modificar su más mínima reacción. Aceptémoslo. La única vía posible es el control de su entorno, controlar lo que siente a través de los estímulos que recibe. Una idea clave por la que nadie apostó un bit cuando la propuso como leitmotiv para la nueva línea de robots. Demasiado simple, dijeron. ¡Miopes! Hay que conocer bien al hombre, a cada hombre, para activarle en cada momento los resortes que resulten más adecuados. Ésta era la parte más difícil. No podían construir un ROB a medida para cada uno. Había que concebir un ROB genérico muy adaptable y, sobre todo, conseguir que la adaptación fuera muy rápida.

Si tardaba una semana en acertar la manera de despertar a su PROP, o en memorizar la dosis de azúcar que había que añadirle al café, la idea se iba al garete. Pero él estaba seguro de que en CraftER tenían conocimientos suficientes para lograrlo. En la competencia no, por esto les restregaba la idea en las narices. No se la podían plagiar. El único aspecto que alguna vez le hizo dudar fue la velocidad, durante cierto tiempo se les resistió pero ahora Alpha+ es la prueba viviente de que tenía razón, la consagración de su idea.

La red de esponja se hunde hacia el fondo de la bañera justo cuando el cuerpo le está pidiendo que dé un par de brazadas. Una inspiración profunda y se sumerge, espira y emerge, inspira y se vuelve a sumergir. El aroma de eucalipto le tonifica los pulmones y tiene la sensación de que avanza más que nunca con cada nuevo impulso. La mente en blanco, abandonado a la pura sensación de la propia fuerza deslizándose contra el agua.

Cuando se cansa, se deja flotar haciendo el muerto y la red le recoge de nuevo meciéndole suavemente. Si fuese posible proceder de igual forma con el pensamiento... En realidad, la fisiología es fácil: probar estímulos, medir reacciones y listos. Incluso podríamos llegar a controlar los sentimientos del mismo modo: "Eh tú, Hug, anda a buscar a Fi que acaba de entrar en un estado anímico que encaja con el tuyo." Pero el caso es que no se puede jugar con los estímulos-persona de manera tan frívola, porque ¿quién tendría prioridad? No habría problema con los estados compatibles mutuamente potenciadores, ni tampoco con los incompatibles; pero ¿qué hacer cuando uno quiere y el otro no?, ¿cuando para uno algo es nocivo mientras que para el otro...? Como sucede con los RHs: los O-, donantes universales, altruistas máximos, solo pueden recibir sangre de su mismo tipo. Por lo menos a escala sanguínea la cosa funciona por grupos, existe algún tipo de organización, algo impensable cuando se trata de esa intrincada red de atracciones y rechazos que conforman los sentimientos. Incluso así, no estaría mal disponer de un panel con un led para cada persona conocida. Led encendido implica un estado anímico compatible con el tuyo; led apagado, mejor ni acercarse. La elección sería personal aunque... también podría centralizarse para garantizar la máxima

satisfacción global. Vaya invento: la celestina electrónica.

Su brillante elucubración le tiene ensimismado pero de repente le asalta la duda de si, en resumidas cuentas, no será todo una gilipollez. Antes jamás se avergonzaba de ninguna de sus ideas y, sin embargo, de un tiempo a esta parte le ocurre a menudo. La vejez le está convirtiendo en un tipo parecido a cualquier otro: tópica y banal, así acabará su mente. Todavía es capaz de seguir el razonamiento lógico de cualquier persona, pero si deja volar su imaginación, cada vez más a menudo se sorprende puliendo o montando teorías sobre alguna idea de lo más vulgar. Con los años, su cerebro ha perdido chispa, originalidad. Y justo ese era su punto fuerte, el que le ha catapultado por encima de tantos y tantos ingenieros de serie.

Con la cantidad de prótesis que existen actualmente para todo y que no haya una sola para su hándicap. ¡Ni paneles de contactos ni hostias! Lo que necesitaría es una prótesis de creatividad. O, para el caso, un asistente que le estimulase a pensar de otra forma, le advirtiese cuando se estuviera internando en caminos demasiado trillados, y detectase por él bifurcaciones prometedoras, susceptibles de innovación. La red le ha depositado en el masajeador contiguo a la bañera y una ristra de rodillos acolchados y de fuentes de calor estratégicamente colocadas le seca y le masajea de arriba a abajo. Un masaje cerebral, esto es lo que de verdad necesitaría.

# Las doce campanadas

Daniel González

—Bienvenido al Castillo Paracelsus —me dijo el viejo Señor Casavetes cuando entré a la gigantesca edificación. La estructura arquitectónica, de diseño inusual para estas tierras, era una definitiva remembranza de los antiguos castillos medievales y se extendía a lo largo de una vasta propiedad boscosa, rodeada por un muro y con intrincados pasillos, escalinatas y aposentos que se distribuían a través de sus atalayas, torres y pisos.

El anciano se movilizaba en silla de ruedas por entre los adoquinados pisos. Debía tener unos sesenta ó setenta años y, a pesar de su discapacidad, se veía que era un hombre fuerte y temperamental. Estaba totalmente calvo y no tenía barba, usaba dos anteojos muy gruesos y redondos que le daban un aspecto extraño, era flaco y se cubría las piernas con una cobija sobre su silla.

Me extrañó que, siendo el dueño de la casa y mi futuro patrón, me abriera la puerta en persona. Pareció adivinar mis pensamientos y dijo:

—El mayordomo, Bigalow, se encuentra atendiendo algunos asuntos. Él y la sirvienta Alraune nos verán muy pronto.

—Comprendo. Déjeme decirle que es para mí un gusto tener la oportunidad de trabajar para usted, Sr. Casavetes.

—Sinceramente, Doctor, no lo habría contratado de no ser porque mi salud lo amerita. Soy muy celoso de mi privacidad y de haber tenido otro remedio habría evitado traer a una persona más a mi castillo.

Llegamos finalmente hasta el comedor donde había una larga mesa negra franqueada por sillas y en donde se ubicaba un enorme reloj de péndulo de color negro que tictaqueaba sonoramente.

—Aquí está bien, Doctor, ellos serán sus compañeros de trabajo; Bigalow y Alraune.

A pesar del orden de presentación me

fue imposible no ver a Alraune primero. Era la mujer más hermosa que había visto en mi vida. Tenía la tersa y suave piel blanca, el cabello rojo, los ojos azules, sus pechos eran un deleite para la mirada y su cintura delicada resaltaba sus generosas caderas. El estereotípico uniforme negro con blanco de sirvienta francesa que utilizaba parecía resaltar esa belleza espectacular, especialmente por su pronunciado escote y su corta, aunque bombacha, minifalda. Sus esbeltas piernas se cubrían por unas pantimedias de encaje blanco y usaba zapatos de charol.

Atónito por la espléndida hermosura de la mujer, tardé un tiempo en reaccionar y finalmente dije:

—Mucho gusto...

Alraune, sonriente, hizo una referencia sosteniendo la punta de su falda con sus manos, mientras que Bigalow me estrechó la mano sin decir palabra alguna.

Al contrario de Alraune, Bigalow definitivamente no era un estereotipo. Lejos de ser lo que uno supondría de un típico y apergaminado mayordomo, Bigalow era un gorila de dos metros, que usaba barba de candado y cabello largo sostenido en una tensa cola que caía sobre su espalda. Tenía una frente abultada y una musculatura robusta que le daba un aire neandertal y, más tétricamente, tenía un semblante ojeroso y los ojos de dos tonos distintos: el derecho era negro y el izquierdo gris.

—Queda usted en su casa, Doctor —me dijo el Sr. Casavetes— puede hacer uso de todas las instalaciones del Castillo siempre y cuando no camine por el Área Carmesí bajo ninguna circunstancia. Si requiere dejar la propiedad, Bigalow tiene el único juego de llaves que existe —dijo señalando hacia el sujeto que, en efecto, tenía unas llaves colgando de su cuello mediante una cadena— basta con que se lo pida y él le abrirá las rejas para que pueda salir.

—¿Sólo hay un juego de llaves?  
—pregunté extrañado.

—Por supuesto. Evidentemente yo no salgo nunca así que no las necesito y como le dije, soy muy exigente respecto a mi privacidad.

Sin duda Casavetes era excéntrico, pero el salario que me ofrecía era jugoso. Una vez que Bigalow —que parecía ser mudo— me mostró mi habitación me acomodé. Esa misma noche la hermosa Alraune me llevó la cena en una bandeja.

—Aquí tiene, Doctor —dijo e intenté hacerle conversación pero se apresuró al irse. Me recosté pensativo y a las doce escuché el retumbar de las campanadas del reloj que resonaba por toda la casa.

Salvo por la revisión médica diaria que hacía del Sr. Casavetes y de las pocas palabras que intercambiaba con Alraune cada vez que me llevaba de comer, languidecía presa de la aburrición en el enorme castillo.

Casavetes lo tenía bien acondicionado. La mansión era palaciega aún con su aspecto lóbrego y lastimero. Tenía piscina, un cuarto de televisión con una pantalla gigante, una extensa biblioteca y otras estancias de las que podía hacer uso pero aún así me sentía asfixiado por el claustro y la falta de contacto humano. Casavetes cenaba solo en la enorme mesa. No sé donde cenaban Bigalow y Alraune pero no lo hacían conmigo, y mientras el gorila no emitía palabra alguna, la belleza uniformada de negro me evitaba con claro nerviosismo.

¿Qué pasaba en esta extraña mansión?  
¿Y por qué no podía acercarme al Área Carmesí, debidamente identificada por una alfombra de dicho color y un rótulo que la designaba?

La curiosidad comenzó a hacer presa de mí y no podía dormir. En una madrugada decidí acercarme furtivamente al Área Carmesí. Allí escuché unos agitados gemidos femeninos emerger de una habitación bien cerrada y escuché la voz del Sr. Casavetes diciendo algunas cosas pero el rumor del sonido no traspasó la puerta de metal lo suficiente como para transmitirme nada inteligible. ¡Así que eso era! Alraune y Casavetes eran amantes. ¡Qué típico! Eso

explicaba porque la mujer usaba ese provocativo uniforme, aunque no explicara el secretismo. No es que fuera normal que una sirvienta fuera amante de su jefe, por más dinero que este tuviera, pero si se suscitaba tal eventualidad entre adultos solteros como ellos, no tenía por qué ocultarse.

“¡Qué envidia!” pensé “¡Qué suerte tiene Casavetes!”

Así que los largos y tediosos días se sucedieron unos a otros. La televisión no me entretenía, ni tampoco la colección de malas películas de terror que guardaba Casavetes en la sala de estar. Me dediqué a inspeccionar la biblioteca. La debo haber recorrido mil veces pero una lluviosa tarde me percaté por primera vez de cierto pabellón que no había visto y que estaba dedicado al ocultismo.

En su interior encontré una extensa biblioteca de magia y alquimia.

Ojeando los libros noté que algunos estaban particularmente limpios —es decir, sin la gruesa capa de polvo de los demás— y con las portadas más dañadas, lo que me hizo suponer que eran utilizados con cierta regularidad. Los tomé todos y me los llevé a la mesa de la biblioteca a leerlos.

Trataban de diversos y descabellados temas propios de la alquimia como el transmutar el plomo en oro, alcanzar la inmortalidad mediante la Piedra Filosofal y crear vida artificial humanoide, aunque estos fueron unos antinaturales engendros llamados homúnculos que parodiaban grotescamente la vida humana. Los libros contenían gráficos, fórmulas, sigiles misteriosos, invocaciones, mecanismos para abrir puertas a otros universos y otro montón de locuras, que alguna mano había marcado cuidadosamente con una pluma, resaltando lo que le llamaba la atención y haciendo anotaciones al margen, especialmente en el área de creación de homúnculos.

—No ha estado usted curioseando por el Área Carmesí ¿o sí? —me preguntó el Sr. Casavetes en una ocasión mientras le realizaba su examen matutino tomando su presión y revisando sus amígdalas.

—Por supuesto que no, Sr. Casavetes —mentí.

—Eso espero. No me gusta que rompan

mis reglas. ¿Verdad Alraune? —le preguntó a la sirvienta que estaba a su lado y esta se estremeció trémulamente.

Esa noche, justo a las doce, tocaron a la puerta de mi habitación. Me extrañó porque era tarde y ya me habían llevado la cena. Al abrirle me encontré a Alraune que temblaba y estaba pálida.

—¡Ayúdeme por favor, Doctor! ¡Escóndame! —Al decir esto escuché una campana sonando a lo lejos. — ¡Es él! ¡Me está buscando! ¡Ayúdeme!

—Pase —le dije. Una vez que entró a la recámara cerré la puerta y escuché al anciano Casavetes maldiciendo mientras el sonido de sus ruedas invadía el pasillo y hacía repicar una campanita. — ¿Qué sucede? —pregunté.

—Usted no tiene idea. Él... ¡es un monstruo! —dijo desabrochando el cierre en la espalda del uniforme y mostrándome las cicatrices de latigazos en su espalda y glúteos.

—¿Él le hizo esto?

—Eso es sólo una pequeña muestra de las cosas horribles que me hace.

— ¿Quiere decir que Casavetes abusa de usted? —Ella no contestó, sencillamente se cubrió el rostro con las manos y se sentó en la cama— ¿Por qué lo permite?

—No puedo escapar aunque quisiera. Bigalow tiene las únicas llaves y obedece a Casavetes en todo. ¡Por favor, ayúdeme a escapar! No puedo soportarlo más... haré todo lo que usted quiera si me ayuda.

—La ayudaré con gusto, no necesita ofrecerse.

—¿¡Dónde estás, zorra! —Clamó enfurecida la voz de Casavetes—¿Acaso te metiste con el médico ese?

—Será mejor que me vaya —dijo ella— o usted tendrá problemas.

—Pensaré en como sacarla de aquí. Por ahora resista.

Ella salió de mi aposento y fue a dirigirse hasta donde Casavetes. Por la forma en que sus gritos enardecidos llegaban hasta mí —que escuchaba por la puerta entreabierta— y por el sonido de manotazos acompañados de los quejidos llorosos de Alraune adiviné que la estaba golpeando y odié a Casavetes.

No pude dormir, rabiando y sintiéndome impotente y se me dificultó mucho poder fingir cordialidad al atender a ese maldito viejo a la mañana siguiente. Pensé que la forma más fácil de deshacerme de él era darle algún veneno pero el anciano pareció (de nuevo) leerme la mente.

—¿Sabe algo Doctor? No quisiera que se sienta amenazado, pero creo que mi leal Bigalow se enfurecería mucho si descubre que he muerto por alguna mala praxis. Y Bigalow enfurecido... ¡es letal!

Descartando esa idea, seguí pensando en la forma de liberar a Alraune.

Las sonoras campanadas del péndulo me anunciaron la hora. Salí de mi cuarto e ignoré la prohibición adentrándome al Área Carmesí hasta llegar a una puerta de metal que estaba cerrada pero por la cual se filtraban los alaridos de una mujer y el sonido de latigazos. Con precaución abrí el metálico umbral y me encontré dentro de una especie de balcón con una escalera de caracol que daba hacia un horrendo calabozo. Desde la baranda del balcón era posible tener una visión panorámica del lugar que era, ni más ni menos, que una cámara de torturas. Las paredes de piedra estaban iluminadas por antorchas y una serie de artículos de torturas, grilletes y cadenas descansaban de distintos lugares.

Y, para más horror, en el centro del calabozo estaba Alraune con la cabeza y los brazos en un cepo, semidesnuda y siendo fustigada por Casavetes que ahora usaba un gato de tres colas para desgarrarle la piel.

Pensé en intervenir de inmediato para detenerlo, pero entonces observé al gigantesco Bigalow que estaba vigilando todo desde un extremo, vestido con un pantalón de cuero y una máscara de verdugo, pero con el musculoso torso desnudo. Por orden de Casavetes, Bigalow la liberó del cepo y le colocó las muñecas en grilletes que luego suspendieron su cuerpo del techo. La infortunada muchacha con los brazos en esa incómoda posición, comenzó a ser flagelada por Bigalow quien la azotaba con una afilada vara de bambú por disposición de Casavetes.

—Crear un homúnculo resulta provechoso ¿verdad? —Dijo Casavetes a Alraune— mira por ejemplo a Bigalow con lo

obediente que es. ¡Sigue las instrucciones al pie de la letra!

Supuse que Casavetes estaba loco. Naturalmente que Bigalow no era más que un simple ser humano cómplice de su maldad. De eso no cabía duda, como no cabía duda que Casavetes era también un psicópata y un sádico sexual.

Una vez que la hubo azotado suficiente, Bigalow la colocó boca arriba en una especie de potro...

No pude ver más y con la sangre emponzoñada de bilis por la ira fui a mi habitación a patear los muebles mientras intentaba delinear un plan de escape.

La mañana y la tarde pasaron sin exabruptos y, cuando llegó la noche, otra vez a las doce, me dirigí de nuevo al Área Carmesí y luego al tórrido calabozo.

Allí observé a Alraune atada al potro y a Casavetes quemándola con la cera derretida de una vela. Ella se estremecía de dolor boca arriba y sollozando. Como no vi por ningún lado a Bigalow decidí aprovechar la oportunidad para liberar a Alraune.

Pero una mano pesada y áspera interrumpió mis planes, tomándome por sorpresa y aferrándome el hombro. ¡Bigalow estaba detrás de mí!

En cuanto me giré me propinó un severo golpe que me hizo caer sobre la plataforma metálica del balcón. El sonido de mi cuerpo azotando el metal llamó la atención tanto de Casavetes como de Alraune. Bigalow me agarró de las solapas y me levantó de un solo jalón para luego tirarme por la escalera de caracol. Cuando finalmente llegué al piso después de estrellarme por entre los innumerables escalones de hierro, me encontraba aturdido por el dolor y la sorpresa.

—¡Bienvenido, Doctor! —Me dijo— ¡Qué gusto verlo! No sabía que quería acompañarnos en nuestras sesiones. Sin duda encontraré que hacer con usted. Pónganse cómodo.

—¡Déjela en paz! —grité.

—Ella no es lo que usted cree. Un alquimista puede perfectamente crear un homúnculo para satisfacer sus fantasías sexuales...

Bigalow bajó las escaleras y me tomó por los hombros. Pretendía encadenarme pero, temeroso de las atrocidades que Casavetes podía infringirme, me resistí y le propiné una patada en la entrepierna a Bigalow. El gorila bufó de dolor y me miró con ira. Se lanzó contra mí de nuevo y empezó a estrangularme, entonces le clavé los dedos en los ojos y el mayordomo se separó de mí ahogando un grito. Observé la vara de bambú que usaba para azotar a Alraune y, sin pensar dos veces, presa de un fervor maniático por la adrenalina y el instinto de supervivencia, me lancé contra Bigalow y le clavé la vara en el cuello. Pude sentir como la vara penetraba por su manzana de Adán, atravesaba los huesos del cuello y emergía por la nuca y pude olfatear la sangre humana.

Bigalow se llevó las manos al cuello aferrando la vara con mirada sorpresiva y luego se desplomó sobre el piso.

Entonces Casavetes, chillando desesperado, tomó un látigo largo y se dirigió hacia mí con su silla de ruedas y comenzó a golpearme con el flagelo lastimándome considerablemente y rasgándome la ropa. Enfurecido por esto me aproximé a Casavetes y le propiné una patada en el pecho, el anciano reuló en su silla hasta estrellarse contra la pared de piedra y luego colapsar sobre el piso golpeándose la cabeza y abriéndose el cráneo.

Me incliné sobre el cadáver de Bigalow y le quité las llaves que colgaban de una cadena en su cuello y luego liberé a Alraune. Esta sonrió agradecida y se lanzó a mis brazos.

Subimos la escalera de caracol, llegamos hasta mi habitación y allí saqué mi botiquín para curar mis heridas y las de ella tras lo cual, presas de un frenesí maniaco, hicimos el amor apasionadamente.

La noche se convirtió en mañana, la mañana en tarde y la tarde en noche de nuevo y aún no me cansaba de explorar cada centímetro del voluptuoso cuerpo de Alraune. Me sentía como un vigoroso amante insaciable sumido en sórdido desenfreno.

—¡Ya es hora! —dijo ella mientras se encontraba desnuda a mi lado y el viejo reloj daba las doce repicando sus campanadas por toda la estructura.

—¿De qué? —pregunté extrañado.

—Ven conmigo.

Entonces ella me llevó hasta el Área Carmesí y de nuevo al calabozo. En el interior del mismo fui testigo de una visión espectral que me aterrorizó.

El cadáver de Bigalow comenzó a moverse convulsivamente. Se levantó del suelo y arrancó de su cuello la vara de bambú.

—¡Dios mío! —Exclamé— ¿Qué sucede aquí?

—Es un homúnculo —dijo Alraune— no puede morir.

—¿Entonces es verdad! —Exclamé— ¿Quiere decir que Casavetes en efecto era alquimista y te creó a ti y a Bigalow como homúnculos para su satisfacción sexual?

Alraune se carcajeó:

—¡Ay por favor! ¿No puedes pensar que una mujer puede ser tan buena alquimista como un hombre? ¡Yo cree a Bigalow y cree a Casavetes! —dijo señalando hacia la pared donde efectivamente el cuerpo de Casavetes también se reanimaba y se subía a la silla de ruedas.

—Pero... ¿Por qué?

—Porque soy masoquista y encuentro un profundo placer en ser sometida, torturada y doblegada ¡mmmm! —dijo como saboreando y cerrando los ojos.

—Pero... ¿Por qué no me lo dijiste?

Alraune se rió de nuevo:

—¡Ay por favor! ¡No seas ingenuo! ¿No crees que como parte de un buen juego sexual siempre sea bueno tener un tórrido romance con algún valeroso héroe que me libera? Tenía que crear un nuevo personaje para mi fantasía...

—Pero... no entiendo...

—¿Recuerdas cómo llegaste al Castillo? ¿Qué vehículo te trajo? ¿Dónde naciste? ¿Cómo se llaman tus padres?

Hice memoria... y no... no recordaba nada de eso... entonces dije (dilucidando la terrible realidad):

—Soy un homúnculo...

# El fracaso del mundo

Magnus Dagon

*A Ángel González, autor del poema. Ésas fueron sus palabras.*

A pesar de los muchos siglos que habían transcurrido y de que sus bancos de memoria ya no eran tan fiables como en el pasado, el androide comprobó que la plataforma de circulación que rodeaba la reserva de humanos permanecía tal y como la recordaba, extensa y brillante en el horizonte. Se acopló a la carretera principal y las aristas puntiagudas de su forma cibernética se encajaron en el entramado general de máquinas. El viaje hasta el punto de destino duraría varias horas, pero el Androide no se aburría en ningún momento, pues desconocía el significado de tal término al igual que el de la palabra entretenimiento.

Al fin divisó con mayor detalle la reserva, un complejo tan metálico y cartesiano como aquellos que lo mantenían operativo. Salió de la ruta principal y aceleró hasta alcanzar velocidad punta. En cuanto divisó el final del trayecto frenó en seco y se quedó quieto justo donde debía hacerlo, ni un milímetro más, ni uno menos.

El Sol del amanecer se destacaba en el horizonte, pero el androide no le prestó la menor atención. Esperó durante varios minutos sin cambiar de posición hasta que otro robot similar se acercó hacia él a trompicones, como si fuera el cuco de un reloj suizo.

—¿Número? —recitó con voz monocorde.

—35487 —fue la respuesta del androide, con un tono más suave, como correspondía a un modelo diseñado para tratar con humanos.

—Hace 2352 años en cifras imprecisas que no ejerce su derecho a visitar esta instalación, número 35487.

—He venido a realizar un seguimiento.

Tras ello vino un silencio que, si bien podía resultar incómodo entre seres humanos,

no era así entre sus cuidadores robots. Nada quería decir para ellos; poco les importaba entablar una conversación donde los diálogos se sucedieran a intervalos de segundos, horas o años.

—Todo correcto —graznó el recién llegado. Volvió a oscilar como un tentetieso y se marchó tan deprisa como había venido. A partir de entonces, nada más detuvo el avance del androide. Las compuertas se abrían a su paso, los vigilantes ignoraban su presencia. Era como si toda máquina de los alrededores respondiera a su voluntad. Se acercó al muro de la reserva, plateado a los rayos del amanecer, y estiró un brazo de múltiples manos hacia un mecanismo disimulado. Acto seguido el muro se volvió transparente y pudo contemplar el lado opuesto. Había bastantes seres humanos, no tantos como para considerarlos una especie según sus parámetros pero suficientes como para formar un pequeño ejército. No parecían demasiado motivados ni despiertos. Eran tan grises como las ropas que llevaban, la clase de vestimenta que nadie elegiría jamás para sí mismo pero sí para otros. Había cierta sensación global de tranquilidad, pero no dejaba de parecer una situación artificial y calculada.

El androide circuló a lo largo del muro cristalino, observando a los habitantes con su rostro frío e inexpresivo, hasta que se detuvo y vio a aquel que estaba buscando. Era fácil darse cuenta de que había algo distinto en él, pues sus ropas estaban rasgadas por varios sitios, desde la pernera hasta los puños, como si acabara de salir de una pelea. Asimismo sus movimientos inquietos lo distinguían de otros que estaban a su alrededor, algunos más quietos que una planta. Sin embargo el detalle decisivo, el que confirmó al androide que era a él a quien buscaba, era su mirada. El androide no había olvidado ni olvidaría aquella mirada. Podían borrarse muchas cosas de sus bancos de memoria, pero algo así no.

Hizo una seña con sus decenas de manos

al hombre y éste reaccionó al momento, acercándose a grandes zancadas. Cuando sólo le quedaban unos pocos metros para llegar echó a correr y golpeó el muro con todas sus fuerzas. Un par de mujeres que estaban en las proximidades se apartaron como si ellas mismas hubieran recibido el impacto.

—¡Hijo de puta! —gritó encolerizado—. Sácanos de aquí, ¿me oyes?

—Te oigo —respondió el androide con voz apacible, como si tratara de hipnotizarle con ella—, pero no puedo sacarte, lo siento.

El hombre se alejó unos pasos y se frotó la mano, muy magullada.

—Tú no eres de aquí, ¿verdad?

—Lo fui hace mucho. Soy 35487, pero supongo que eso no te dice nada.

—Vuestros nombres nunca me dicen nada —fue la amarga respuesta.

—Lamento que así sea. Por desgracia no podemos hacer otra cosa de momento. Una reenumeración llevaría demasiado trabajo, y para cuando lleguemos a las cien mil unidades se ha decidido comenzar de nuevo a partir de cero y bautizar a las antiguas con la letra A. De modo que puedes llamarme 35487A, si con eso consigo que mi nombre te parezca menos monacorde.

El hombre no respondió, limitándose a dirigirle una suprema mirada de odio.

—Sé que empleáis los silencios para mostrar confusión ú hostilidad, no como nosotros —argumentó el androide con naturalidad.

El hombre se sentó resignado en el suelo.

—Al diablo —dijo sin más. Sus congéneres no tardaron en alejarse hasta dejarle relativamente solo a su lado del muro.

—¿Cuál es tu nombre, humano? —dijo el androide con lo que podría llegar a considerarse amabilidad.

—No tengo nombre.

—Sí que lo tienes.

—No, no lo tengo.

—Dímelo.

—Soy H732 —repitió sin mucha convicción.

—No, eso no. Tu nombre de verdad.

El hombre abrió los ojos y levantó la vista hacia la máquina que tenía delante como si estuviera frente a un espejismo.

—Nunca un androide me había preguntado algo así.

—¿Cuál es, entonces?

—Aunque tengo uno apenas lo recuerdo, ya que aquí nadie se dirige a nadie. Puedes dirigirte a mí como humano, porque en verdad creo que soy el único existente.

—Según mis cálculos vives con al menos 1273 más, si es que no ha muerto ninguno en los últimos segundos.

—Olvidalo —dijo resignado—. ¿Por qué estás aquí?

—Se trata de una promesa, humano.

—¿Una promesa?

—Una promesa que realicé a un antepasado tuyo, hace tanto que tu mente no es capaz de asimilarlo con propiedad. Él me pidió que regresara a este lugar una vez cada diez mil años. Ésta es la primera vez que debo hacerlo.

—¿Para qué? —preguntó el hombre, intrigado.

—Para que hablara, aunque fuera brevemente, con sus descendientes.

—¿Por qué cada tanto tiempo? ¿Por qué no antes, para así hablar también con las generaciones intermedias?

—No deseo que tu presencia sea recordada por los míos —comenzó el androide con voz distinta. Era clara y frágil, más parecida a la de un ser humano—. Eso sería hacerles tener fe en que las cosas pueden mejorar, una tortura a la que no quiero someterlos. Ésas fueron sus palabras, aunque no las comprendo del todo.

—¿Del todo?

—Fui diseñado para comprenderos, para protegeros, y con tal propósito pasaba el mayor tiempo posible en la reserva, para incorporar vuestro idioma a mi modulada voz, para examinar vuestras costumbres, vuestros miedos irracionales. Trabajaba aquí. Éste era mi puesto, en el que estoy ahora.

—Discúlpame si no te compadezco.

—Un buen día —prosiguió el androide como si no hubiera escuchado nada— conocí a un humano distinto a los otros. Me insultaba, escupía en mi dirección, daba puñetazos contra el muro. Insistía en que debíamos soltarle, a él y a todos los demás. El caso es que me gustaba ese humano. Gracias a él aprendí muchas palabras cuyo significado desconocía, y muchos conceptos que no sabía que tenían una palabra asociada. Me enseñó a expresar cómo llamar a un individuo de un grupo que sufre algún tipo de error interno y empieza a intentar reproducirlo en los demás. Yo le dije que naturalmente había que desconectar a ese individuo porque amenazaba su entorno, pero él me convenció de que si todo el grupo estaba averiado ese rebelde —así lo llamaba— podía entonces repararlos a todos. Tú eres un rebelde, humano.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Por eso te he reconocido. Eres igual que él. Con los puños cerrados y los ojos entornados.

—¿Qué más cosas te enseñó mi antepasado? —preguntó el hombre.

—Según mis circuitos lógicos, demasiadas para contarlas todas ahora. De hecho sufrí una serie de desajustes internos que él calificó como dudar de mis actos, aunque yo no dudase qué acción estaba realizando en cada momento. Tuve que abandonar mi puesto por un fallo permanente y desde entonces llevo diez mil años dedicado a tareas de limpieza y mantenimiento.

—Tú puedes sacarnos de aquí, ahora lo entiendo. Por eso mi antepasado te obligó a volver, para conseguir que nos comprendieras con el paso del tiempo.

—Él no me obligó a volver —dijo el androide, y el hombre sintió por primera vez que la máquina que tenía ante sí era especial.

—¿Por qué lo has hecho?

—Para él yo era algo único que llamaba amigo. Creo en ti y sé que volverás, y si esa vez no los liberas lo harás la próxima vez. Ésas fueron sus palabras.

—Tienes que hacerlo, tienes que sacarnos de aquí.

—No puedo.

—¿Por qué no?

—Os extinguiríais, por eso estáis ahí dentro. Eso no puede suceder. Sois demasiado vulnerables, no todos tienen tus reservas de energía.

—¿Quién dijo eso? ¿Quién ordenó que fuéramos reclusos?

—Vosotros mismos en un tiempo muy lejano, lejano hasta para mis bancos de memoria.

El hombre se echó las manos a la cabeza y se sentó contra la pared, dando la espalda al androide y mirando a los suyos, pasivos y carentes de voluntad.

—Es nuestro trabajo. Debemos protegeros, para eso nos construisteis —acabó el androide.

—¿Protegernos de qué?

—De todo. Todo os hace daño. Todo os puede desconectar. Matar, lo llamó él.

—Vosotros también sufrís riesgo constante en el exterior y sin embargo no os encerráis ni os reclus.

—Nosotros somos prescindibles, vosotros no.

El hombre intentó llorar. No pudo.

—Sácame a mí de aquí.

—Aunque querría, se me hizo prometer también que no lo haría.

—¿Por qué?

—Un día uno de ellos lo conseguirá. Convencerá a los demás y entonces te darás cuenta de que todos son como yo, de que en cada uno de nosotros hay un rebelde. Verás que no soy especial ni defectuoso, sino todo lo contrario, y que podemos cuidar de nosotros mismos. Ésas fueron sus palabras. Según mis parámetros tú eres el único rebelde, de modo que no puedo hacer nada.

—Un tipo muy dedicado y noble, mi antepasado —añadió el hombre como escupiéndole las palabras.

—Tuvo también momentos en los que sus parámetros vitales disminuían —comentó el androide indiferente—. Un estudio estadístico indica que solían presentarse después de un conjunto predeterminado de

frases.

—¿Qué frases?

El androide se quedó callado un momento, y luego comenzó a recitar:

*Quise mirar el mundo con tus ojos  
ilusionados, nuevos,  
verdes en su fondo como la primavera.  
Entré en tu cuerpo lleno de esperanza  
para admirar tanto prodigio  
desde el claro mirador de tus pupilas.  
Y fuiste tú la que acabaste viendo  
el fracaso del mundo con las mías.*

—Ésas fueron sus palabras —concluyó.

—Conozco ese poema —dijo emocionado el hombre—. Mi madre lo recitaba a cada momento. Somos el fracaso del mundo, me decía una y otra vez. Somos el fracaso del mundo.

—Noto un descenso en tus parámetros vitales, humano.

—No es nada —dijo el hombre poniéndose en pie, frente al androide—. ¿Estás registrando esta conversación?

—Siempre —fue la escueta respuesta.

—Entonces presta atención —dijo el Hombre más enérgico de lo habitual—. A mis descendientes. Me he pasado toda la vida entre rejas, pero ahora comprendo que no son sólo rejas físicas. Son también rejas creadas por mí, y los que nacieron antes que yo me enseñaron a levantarlas. Ahora sé que moriré aquí, pero aunque no veré el futuro que nos espera, nosotros no somos el fracaso del mundo. Mientras yo lo crea y tú lo creas, no somos el fracaso del mundo.

—¿Eso es todo, humano?

El hombre se giró y miró al cielo despejado.

—Éstas son mis palabras —añadió con voz fuerte y clara.

# ¿Quién eres?

Jesús Cepeda

—Bueno, ¿y bien? —una chica me miraba expectante. Como si tuviese que decir algo.

—¿Y bien qué? Perdona señorita, no entiendo...

—¿No entiendes qué? Joder. No me mires así. Que qué has pedido.

Los extraños me ponen nervioso. Los extraños que me tratan con naturalidad, cómo si me conociesen de toda la vida. Esa gente que en el autobús o el tren te cuentan de improviso que van a ver a su hijo. Que se les ha muerto el perro. Que Dios tiene un plan especial para tu vida. Nunca me he encontrado con una extraña del tipo "Hola, nunca he tenido sexo en los baños de un aeropuerto". Supongo que si se diese el caso, arruinaría la oportunidad saludando a todas las cámaras diciendo "No he caído". Solo por si acaso.

—Yo he pedido que nunca nos falte de nada. ¿He sido lista verdad? No es como pedir ser ricos, esto es mucho mejor. Desde pequeña siempre he pensado en ello y qué pedir si se me presentaba una oportunidad como esta. No podremos darnos a excesos, pero lo esencial siempre va a estar ahí. Incluso si nos vamos de viaje. Es como pedir un montón de cosas insignificantes.

La chica gesticulaba emocionada. Demasiado cerca de mí. Ignorando esa burbuja que tenemos todos y que yo procuro pulir a diario. Estoy orgulloso de las dimensiones de mi burbuja. Cuando muera pediré un ataúd grande para que los dos reposemos eternamente. Mi burbuja y yo. Si me incineran procuraré dejar claro que quiero un jarrón tan grande como un paragüero. Me da agobio solo de pensar estar en esos minúsculos recipientes azules que la familia porta como diciendo "Aquí está lo que queda de nuestro ser querido. No son las cenizas de una barbacoa de la que queremos conservar un bonito recuerdo"

—¿En qué estás pensando? Conozco esa

mirada. Estás con la mente en otro sitio.

—Perdone, pero usted y yo no nos conocemos de nada. Mi nombre es...

—Fran. Tú nombre es Fran. Dime, Fran, ¿qué has pedido?

Pensó que estaba jugando con ella. No me creía. Me explicó lo de las paredes azules. Lo de la Chisana hitobito. Lo de los dos deseos que nos concedían. Hubiese salido corriendo si no estuviese paralizado por la tensión. Quizás hubiera sido mejor porque me enseñó mi móvil y ahí estaba todo. Lleno de mensajes de las dos últimas semanas con referencias a esta locura. ¿Lo peor?, parecían hechos por mí. ¿Quién si no dice ajonjolí estos días en lugar de sésamo?

—Fran, por favor, estarás en shock. No me asustes. Dímelo, ¿qué has pedido?

—Perdone, pero no sé de qué va esto. No sé cómo ha puesto eso en mi teléfono. Está claro que se lo han currado mucho y...

Ella debió de reconocer en ese instante mi cara de buscar las cámaras. La cara que dije que pondría en el aeropuerto. Primero se llevo la mano a la boca con un "No, no, no, no" absolutamente blanca. Nívea por la impresión. Después la sangre volvió de inmediato a su rostro. Roja totalmente. Una transformación por un razonamiento que aún desconocía. Totalmente llena de ira.

—Maldito hijo de puta. ¡Has pedido olvidarme! Hijo de puta. ¡Hijo de la gran puta!

Yo quería desaparecer de allí. Ya. En ese momento. La gente nos miraba mientras ella seguía gritando contra la pureza de mi madre, una y otra vez. Avanzando hacía mí, furiosa. Fue la persecución más corta del mundo. Dos metros de acera hasta el pavimento.

—¡Hijo de puta! Eres un hijo de puta. ¿Lo oyes?

Subí a un taxi que ya estaba esperándome. No sé por qué, pero sabía que

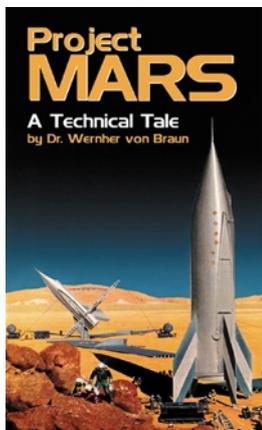
era para mí. Me lo dijo mi instinto de supervivencia. Él jamás se equivoca. No miré atrás pero seguí oyendo los restos amortiguados de su voz. Los últimos “hijoputa” muriendo a manos del efecto doppler de un taxi a la velocidad de la vergüenza.

Cuando pagué ya tenía el dinero justo en mi bolsillo. Esperándome. Desde entonces, no recuerdo que me haya faltado nada jamás.

# Una novela de ciencia ficción escrita por el Dr. Espacio

José Luis Vázquez Poletti

Hace unos meses y debido a una de las líneas de investigación en las que estoy embarcado actualmente, me tropecé con una novela titulada *Project Mars: A Technical Tale*. Mi primera reacción fue casi de indiferencia, al fin al cabo, ¿cuántas novelas de ciencia ficción tienen como escenario el Planeta Rojo, un destino tan codiciado durante generaciones?



La sorpresa fue mayúscula cuando vi el nombre del autor. ¡Nada menos que Wernher von Braun! Apodado Dr. Espacio y Hombre Cohete en la NASA, von Braun nació en la entonces Alemania (ahora Polonia) en 1912 y murió en Estados Unidos en 1977. Desde pequeño ya soñaba con contribuir a que los viajes espaciales fueran una realidad. Inspiración no le faltaba si consideramos que Verne, Wells y Oberth eran los autores de sus libros de cabecera.

Durante la etapa nazi, trabajó en el laboratorio secreto de Peenemünde donde desarrolló diversos modelos cohetes. Los más famosos fueron los V-2, empleados para incendiar las ciudades como Amberes y Londres. A pesar de tan infausto trabajo (los V-2 dejaron una cifra aproximada de 7000 muertos a los que hay que sumar 20000 trabajadores forzados empleados en su fabricación), von Braun quiso en todo momento vender a Hitler la idea de que se debía abandonar el fin bélico de sus cohetes y perseguir otra meta que encumbrara a la Humanidad: la conquista de la Luna y Marte. Esta opinión fue en todo momento censurada por la SS y la Gestapo, bajo pena de retirada de los fondos de investigación e ingreso en un centro psiquiátrico.

Pero la cosa cambió cuando en los últimos compases de la Segunda Guerra

Mundial, von Braun cruzó las líneas para entregarse a los estadounidenses en la denominada Operación *Paperclip*. En Estados Unidos, tras trabajar unos años para el ejército, fue transferido finalmente a la NASA. Fue entonces cuando diseñó los famosos cohetes Saturno, empleados en el Programa Apolo, el cual llevó al hombre a la Luna.

El libro del que trata esta reseña se titula *Project Mars: A Technical Tale*, fue escrito en 1948 y publicado por primera vez en 1952 (alemán, *Das Marsproject*) y 1953 (inglés). En él se describe con todo lujo de detalles los preparativos y realización de una misión al Planeta Rojo por parte de una tripulación multinacional de 70 miembros tripulando 10 naves. La palabra describir se queda corta, ya que la cantidad de detalles aportados por von Braun es enorme, además de estar respaldados por datos científicos de la época.

El autor sitúa esta hazaña a finales del siglo xx, finalizada la Guerra Fría que en el momento de escribirse el libro estaba fraguándose. Además, el gobierno de la Tierra se ha centralizado en una suerte de Organización de las Naciones Unidas.

La humanidad tiene ya experiencia en viajes en la órbita, siendo una de sus obras maestras Lunetta, una estación espacial, así como un telescopio que obedece a los mismos principios que el Hubble. La siguiente meta no puede ser otra que Marte, por lo que Gary Holt, antiguo instructor jefe de pilotos de cohete, recibe el encargo de organizar una expedición con ese destino.

Von Braun imagina un futuro en el que los desplazamientos en el espacio se hacen a base de hidracina y ácido nitroso como combustible. No obstante, la energía



atómica es mencionada en el prefacio para justificar su descarte. No olvidemos cuál era el campo en el que von Braun era experto.

Pero esta reseña no tendría razón de aparecer en *Sci-Fdl* si no hablara del papel de la informática descrito en el libro. El autor destaca la complejidad de los cálculos requeridos para la navegación espacial, con la dificultad añadida de que estos se deben realizar para cualquier variación mínima de la trayectoria durante todo el viaje.

Von Braun parte de la arquitectura de computadores existente en la década de los 40 (von Neumann hizo su gran aportación el mismo año en el que el libro fue escrito) y habla de "supercerebros electrónicos" que son capaces de procesar las miles de trayectorias posibles. El resultado se almacena en cintas magnéticas como las que tenemos en el Museo de la Informática de la 3ª planta de la facultad. Cada nave transporta una copia de toda la colección de cintas, con lo que von Braun no solo piensa en el procesado de la información, sino en su almacenamiento y política de *backup*.



Pero aun hay más. Los pilotos de las naves no necesitan leer los datos de las cintas cuando una maniobra es requerida, basta con que introduzcan la que el manual le indique en un lector. En este punto, el autor describe el proceso haciendo la misma analogía que empleo en clase para explicar la lógica de control: el piano automático que lee los agujeros de un rodillo (las instrucciones) y realiza las operaciones requeridas.

Volviendo a la novela, el lector no debe esperar una acción trepidante plagada de explosiones y duelos pistola láser en mano, sino más bien un relato ordenado de lo que una expedición de esta envergadura puede llegar a ser.

Además, y haciendo honor a lo de *technical tale*, el libro cuenta con un contenido extra muy especial. Se trata de un informe

técnico de von Braun y una serie de colaboradores en la que se describen todos los aspectos técnicos del libro mediante tablas, ecuaciones y gráficos del puño y letra del autor.

## REFERENCIA

Título: Project Mars: A Technical Tale

Autor: Dr. Wernher von Braun

Editorial: Apogee Books Science Fiction

ISBN: 9780973820331

## MÁS INFORMACIÓN

Encyclopedia Astronautica: von Braun Mars Expedition

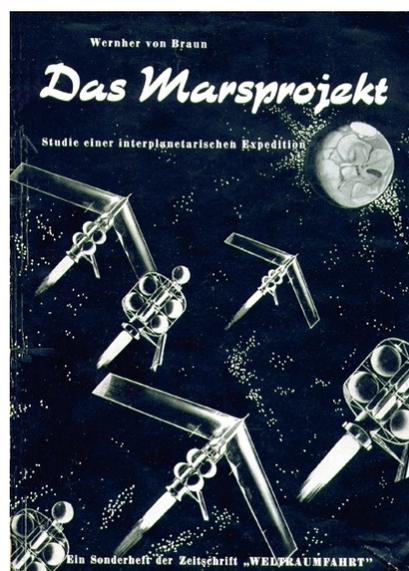
<http://www.astronautix.com/craft/vonn1952.htm>

Von Braun, Trip around the Moon. (Walt Disney, 1955). (Von Braun explica algunas de las estructuras descritas en el libro, como Lunetta, cuyo diseño le sonará a más de uno).

<http://www.youtube.com/watch?v=Zjs3nBfylwM>

Von Braun, Man in Space (Walt Disney, 1959). (Von Braun explica, entre otras cosas, los principios del transbordador espacial).

<http://www.youtube.com/watch?v=2fautyLuuvo>



# Voz de Proteo, mi hermano

José Luis Carrasco

## 1

Mientras tanto, en el hospital de campaña las cosas no iban mucho mejor. El azote de los múmidos recrudecía al sonar el silbato de la última nave, antesala de su ingreso en la estación.

La enfermera jefe anotó en su registro la entrada del grupo que bajaba del destacamento. Piotr se despidió de sus compañeros y dejó que el equipo de desinfección lo purgara. Desde la consulta eran audibles los partes de la radio, emborronados por la estática:

—Bzzzt... el estado de emergencia... bzzzt... nuevos refuerzos en el frente oeste... continúan las hostilidades... bzzzt... se esperaba ofensiva en lugar impredecible...

Enfermeras jóvenes con hollín en las mejillas le sonrieron al cruzar el descansillo. Tuvo tiempo de reparar en los improvisados contrafuertes de las paredes. Un cirujano al que conocía de vista se le acercó y le miró con gravedad.

—Tu hermano se quiere despedir de ti.

—¿Y le han creído? Venga, llévenme con él. A ver qué le pasa.

—No sé qué decirte, Piotr.

Le condujo por un pasillo de lámparas demasiado bajas y luces duras y amarillas. Sus sombras saltaban de posición con cada una, como grillos nerviosos. Fuera chillaban los ejemplares hembra de los múmidos. A medianoche el hambre las delataba.

—¡El hermano de Gombrovitz!

—¡El hermano de Gombrovitz!

Así les precedían los comentarios, más rápidos que las piernas en su movimiento. Notaba las miradas sobre él. Le sorprendió la de un ayudante de unos quince años. En su temblor de manos percibía dos cosas; una, desasosiego por el futuro de su hermano y dos, lo ético de pedirle un autógrafo en tales

circunstancias. Niños más jóvenes le habían abordado con mayor valentía en, ¿cuántas ocasiones? Demasiadas para contarlas. ¿Y desde cuándo? Desde que Gombrovitz dejó de ser Mijaíl, desde que sus hechos resonaban por todo el sistema, hasta donde alcanzaba su memoria.

En la sala de comunicaciones, un hervidero de visitas y pacientes al teléfono o en videoconferencia, un póster mostraba a Gombrovitz rifle en mano y vestido de uniforme completo de piloto. No creía que fuera el lugar adecuado para celebrar su imagen. Sus reflexiones se interrumpieron cuando el cirujano tosió a modo de disculpa.

—Espérate lo peor —le susurró.

—Sólo dígame si está sufriendo, lo demás ya se arreglará.

—Es que esa es la pregunta más difícil.

Se armó de esperanzas y empujó la pesada puerta. Situación curiosa, pensó, la de abrir una puerta manual con sus débiles manos. No lo hacía desde la adolescencia.

La penumbra se tragaba la habitación. Gombrovitz vivía entre flashes y grabadoras. El Gombrovitz real. Sus múltiples proyecciones holográficas alumbraban los despachos de cientos de conferencias privadas. A la luz de sus ingeniosas maniobras se vislumbraban caminos inéditos en la guerra. Eran tan creíbles esas proyecciones que hasta Piotr picaba y por poco se dirigía a su falso hermano. Nunca le divirtió mucho esa distancia perpetua entre el periodista y el general, hermanados, juntos en una rueda de prensa.

El Gombrovitz de la sala de curas era sin embargo muy real, y a la vez muy poco vívido.

Yacía medio inconsciente en un catre de colchón duro, sin duda el mejor que se podían permitir en un hospital de campaña. Las migajas de claridad no bastaban para revelar su figura. Sólo un torso machacado, pobre

base para su espléndida cabeza, formaba un perfil ante los reflejos verdes de la máquina de respiración artificial. Dio tres pasos. Un lamento grave de una de las criaturas de fuera soterró el aliento de su hermano, único sonido del dormitorio. De cerca la imagen era más clara. Dos espigas metálicas engarzaban sus brazos. Parecían aún inconclusos. Electrodo de diferentes colores brotaban de sus sienas rapadas. Recordó Piotr el aviso del correo del médico; sólo estaban en la fase A de la intervención. Se le notaba cansado y terrible. Ya le iba a llamar por su apellido.

—Gombrov...

—¡Al baluarte! ¡Son quinientos! Virad a la derecha veinte grados. ¡De rojo! A por mí. Las patas.

El cirujano se liaba un cigarrillo fuera cuando vio a Piotr salir de la habitación. Éste no tardó en guiarse por las señales, hallar el cuarto de baño y agarrarse a una de las tazas para vomitar en silencio. Escuchó a su espalda un educado carraspeo. Era el médico.

—Cómo han podido permitirlo.

—Debe ponerse en situación...

—¿Se burla de mí? ¡Es un anormal! ¿Dónde está el hombre brillante que...? —Se contuvo, lágrimas calientes le sofocaban la vista—... ¿le han hecho eso los mómidos, acaso?

—Hace muchos años que no viene a las Lindes.

—Ya sé lo que van a decir. Ahórrese. Sobre todo si cree que se aprovechará de mi falta de contacto con Gombrovitz para actuar a su antojo con él. Es una persona, por si ya no se acuerda, y se le debe atender.

—Pero deje que le explique...

—Es una atrocidad. Cómo va a explicarlo...

—Debe servir a los fines de la guerra como mejor pueda. Tendrías que haber visto el humo verde de las velas en la Capilla. La señal era clara; ¡así lo han querido los Altos!

Al oír la frase del médico bajaron ambos la cabeza y juntaron las manos en señal respetuosa. Piotr controló su respiración y su ritmo cardíaco a niveles estables. Si lo decían los Altos no había mucho más que objetar.

—Alabados los Altos.

—Alabados los Altos, Piotr.

## 2

Ni un ruido cruzaba el enlosado de la cafetería del hospital. Un aroma a café barato de otra mesa se enroscaba alrededor de Piotr mientras tecleaba en su tableta.

Hostilidades abiertas en el Cuadrante Noreste.

Reabiertas las comunicaciones con el frente más débil del bando humano.

La situación en el Cuadrante Noreste de las Lindes, después de un mes de silencio e incertidumbre, vuelve al conocimiento público. El espacio aéreo, pese a las avanzadillas mómidas, fue despejado ayer a las cinco y permitió al Primavera Radiactiva, el convoy en el que viajaba este periodista, acceder al hotel Juventud, único edificio intacto con aforo suficiente para los visitantes.

La reactivación de los canales con el alto mando no ha ofrecido buenas noticias. Los tres contingentes principales de Gombrovitz acumulan numerosas bajas...

El flujo de las palabras, reacio a plasmarse en la pantalla desde las primeras líneas, se interrumpió en seco cuando apareció el nombre de su hermano. Piotr se tocó la nariz con el puntero de la tableta. Leyó al revés y al derecho lo escrito. Probó a cambiar un par de sinónimos. Eso siempre funcionaba. Los altavoces llamaban o daban órdenes que no entendía. El bollo de chocolate se resecaba en el plato. No muy convencido, pensó en levantarse a tirarlo a la papelera.

Repasó lo poco que tenía de crónica, en la habitación de su hermano, sentado frente a él en una silla plegable. Nada más le acompañaban las luces de tableta y los sonidos de la máquina de respiración de Gombrovitz.

Sus notas y fotografías, tomadas en la mañana, abundantes las dos, no correspondían con la verdad cuando las consultaba. Leía muchos más datos en el rostro de su hermano. Vio en un sillón su armadura anfibia compuesta de tres partes. Luego pensó qué ocurriría si Gombrovitz no estuviera ahí. Dónde irían las cartas de las

admiradoras que le escribían, sí, incluso en tiempos de guerra. O su madre, que preguntaba por él en casa a diario. Pensó incluso en sí mismo. Su mera existencia, reflexionó, ¿cambiaría de modo drástico en su ausencia?

—Te echaría de menos, incluso después de que me dejaras al cuidado de mamá para irte a hacer el héroe.

—Siete punto dos. No hay significado. Hermano. Es un misterio. Perdóname.

Por poco se cayó al suelo de la impresión. ¡Gombrovitz había articulado una frase coherente! ¿Le habían engañado sus sentidos o podría dar fe de ello frente a los médicos? Lo había dicho en una voz tan baja, tan vacilante...

Abrió el menú de los archivos de su tableta y borró su crónica. Se rascó tras las orejas, primero una, luego otra, y jugó a colocar y descolocar mechones de su cabello, tras las orejas, su costumbre antes de ponerse a escribir. Pero esta vez el apretar el puntero con la mano le produjo un dolor casi físico y sólo pudo terminar una frase:

"El estado de Gombrovitz no es del todo incierto."

Leyó las ocho palabras, invirtió varias veces el orden sintáctico. Al final las dejó tal y como estaban en un principio. No se le ocurría qué más añadir y de muy buena gana hubiera enviado eso y sólo eso al periódico.

El bochorno tropical empapaba la estancia. En esa zona el sueño llegaba denso, pegajoso, y los trinos de las máquinas no dejaban dormir a Piotr. Dedicó una última mirada a Gombrovitz y salió hacia la sala de visitas, donde la enfermera de guardia le facilitó mantas y algo de cena.

Imágenes confusas le rodearon. Cantaban unas, otras las imitaban pero sus voces palidecían y hasta afeaban el resultado, como si un estado embrionario del ser humano le persiguiera para asimilarle. Largas tiras del color del amanecer se enroscaban entre la danza del pasado y el futuro, encadenando los eslabones de su identidad de tal modo que sólo había un miasma indistinto y gris. Aquí y allá diferentes borrones le recordaban personas o recuerdos conocidos pero la ilusión duraba apenas un instante, para

luego disiparse en la monotonía del zig zag. Imposible hablar con nadie; de su boca se despeñaban todas las frases para morir en la negrura.

El calor, o quizá aquellos sueños asfixiantes, le despertaron. Se pasó la mano por la frente. ¿Podría borrar con ella lo que impedía su descanso? No, se dijo. No mientras no hablara Gombrovitz. Con él. Supuso que su hermano sufría también las altas temperaturas, lo que le animó a levantarse. Se escabulló entre un par de auxiliares de vuelo inconscientes en sus sillas. Uno de ellos dormía con un bote de bebida de sales en la mano, aún cerrada, de puro cansancio. Fuera de la sala de visitas todo era soledad, y ni siquiera las luces automáticas le acompañaron de vuelta al cuarto de Gombrovitz.

Como un color vivo en un retrato de ocres, la voz susurrante del médico jefe se destacó sobre el sosiego nocturno.

—Concéntrate. ¿En qué piensas?

—Nueve punto cinco. No, reorienta. Nueve punto seis, seis y medio. Se mueve deprisa. Muy deprisa. No es uno de ellos. Madre. Muy débil. No tendría que haberlo hecho. Se desplaza. Tienen vehículos. Siete, siete y medio, ocho, ocho y medio...

—¡No tan deprisa, por amor de Dios! Estoy transmitiendo todo lo rápido...

—Nueve, nueve y medio...

Gombrovitz replicaba con voz trémula al doctor, que le insistía nervioso. Su hermano no disfrutaba con la charla, y Piotr, la oreja pegada a la pared, se percató de ello pese a lo confuso de las frases. Los esfuerzos de su medio desvanecido hermano no bastaban para el practicante, que perseveraba sin piedad. Piotr sintió una furia desmedida en su pecho pero fue incapaz de traspasar el umbral y pedir explicaciones. Se quedó muy quieto a un lado, siguiendo la conversación.

—La línea Magenta. Han vuelto a casa. De momento. Recuperan combustible. Madre. Déjame que te explique. Once con siete. Los he perdido. No hay señal.

No podía entrar sin más, aun cuando fuera parte de su familia. En la sala de invitados había una máquina expendedora de bebidas. Introdujo varias monedas y cayó una

botella de agua helada que rebotó hasta sus manos. Con la sensación de frío entre los dedos rehízo el camino.

Deseoso de perderse en cualquier detalle, se asomó por una estrecha ventana que casi era una rendija. Oscurecía, y el crepúsculo se tragaba incluso la luna y las estrellas. Pensó en la negrura de la noche y en cómo representarla. Si fuera un pintor rellenaría un lienzo entero de negro, quizá con alguna mancha amarilla aquí y allá, ligeros puntos iluminados de los más trasnochadores. Como fotógrafo encuadraría la ventana, concediendo unos centímetros del interior, que revelarían con más fuerza lo oscuro del exterior. Pero Piotr no era más que un reportero de guerra. Fuera de la "contienda", los "armisticios", el "teatro de operaciones"... no era bueno con las palabras. No se sentía capaz de describir la noche. Ni siquiera podía abocetar en pocas líneas a Gombrovitz, o a su madre, o el momento en que su hermano los abandonó a ella y a él para irse al combate. Sólo tenía oficio para plasmar en la pantalla bagatelas. Se acodó una última vez en el escueto alféizar y miró el negro. Trató de reconstruir mentalmente las picudas montañas de forma de sierra, el nido múmero al noroeste y los vehículos antigravitatorios apostados en las afueras. Le entró un poco de miedo el pensar que quizá un múmero estaba pasando bajo la ventana en ese preciso instante y que de algún modo interpretaba sus pensamientos y deslizaba sus tentáculos en la ranura de la ventana. Se apartó de un brinco y reanudó el paso.

En el cuarto de Gombrovitz no se oía ya al médico jefe.

El médico salió sin encender luz alguna. Piotr aprovechó para sorprenderlo.

—¿Quiere explicarme lo que hace?

—Piotr, es por orden de la Cancillería que se ha llegado a la solución de sedar a tu hermano. De alguna manera es capaz de localizar posiciones múmeras con más precisión que cualquiera de nuestros radares. Hacía décadas que no se probaba la existencia de un psíquico, y tras un estado de sedación hipnótica sus interpretaciones ganarán en exactitud. ¡Es algo portentoso!

Piotr dejó salir el aire por su nariz con el mayor ruido posible. Irguió hacia el médico sus

manos pero el hombre reaccionó con aplomo y no se movió un centímetro. Las retiró a sus bolsillos. Se giró para marcharse pero sólo después de encarar al hombre ahí, de pie, rechinando los dientes.

—¿En asamblea?

—En asamblea, Piotr. Es lo mejor para la guerra.

El médico cerró los dedos de la mano como si encarcelara cinco rebeldes y este gesto calló del todo a Piotr. No abrió la boca ni para despedirse y sólo acertó a agitar la tableta entre ambos.

### 3

Piotr llevaba dos horas y seguía sin terminar su desayuno. No se sentía hambriento pero había llenado igualmente la gastada bandeja de metal. No eran raros tales comportamientos en épocas de guerra. El agudizado sentido de supervivencia, el deseo de acaparar lo más posible, no reñía con lo ilógico de almacenar comida cuando uno apenas lleva equipaje. Para más contradicción, comió poco y sin ganas, absorto en su plato, cada vez más frío. Mientras se dedicaba a su pasatiempo habitual de periodista; observar a la gente. En la mesa del personal interno, las enfermeras se dedicaban sin prisa al café y los bollos, como en tiempos de paz. Por su parte los médicos comían en riguroso orden por turnos de media hora. Tan pronto uno finalizaba la pieza de fruta llegaba otro y ocupaba su lugar. Piotr decidió acercarse y escuchar sus conversaciones.

—¿Ya has acabado con Gombrovitz? ¿Me toca?

—Sí, pero no te hagas ilusiones, está muy callado hoy, he tenido que despertarle tres veces.

—A ver si a mí me sonrío la suerte. Me vendría bien el pico extra.

—Tranquilo, lo tenemos estabilizado para rato. Acabará por no enterarse de nada.

—Me fascina todo esto. ¿Crees que sería capaz de indicarnos la fortaleza misma del Padre múmero Dordepref en persona?

—Tal vez. ¿Apostamos algo?

—Aquí no, hombre, que nos oye todo el mundo.

Ese día consiguió autorización de visita por treinta minutos. Al día siguiente sólo por quince y al siguiente la enfermera le denegó el papel timbrado para su lectura óptica en la puerta. Piotr arrugó el papel, lo mantuvo dentro del puño casi un minuto y luego lo arrojó a un rincón.

Piotr se paseó de un extremo a otro del ala del hospital, leyendo el nombre y apellido de cada paciente escrito en cada puerta, escrutando los rostros consternados de los escasos visitantes y haciendo caso omiso, o intentándolo al menos, de los mugidos de los mómidos que parecían capaces de tirar el edificio abajo. Al final del pasillo del ala de cirugía encontró un grupo numeroso apiñado frente a un monitor. Al llegar hasta ellos vio la retransmisión en directo el estado de Gombrovitz. El logotipo de la Cancillería se mostraba incrustado en una esquina del televisor, con el lema "24 horas activo" debajo. Gombrovitz estaba pálido como un lienzo virgen, salvo las dos ojeras que resaltaban sobre su piel como madrigueras de conejo. Balbuceaba sin mucho sentido números y datos; al fondo, el médico jefe anotaba a toda velocidad en una tableta. De vez en cuando una frase publicitaria recorría el lado inferior de las telenoticias con proclamas militares.

La audiencia expectante, formada por pacientes y médicos a partes iguales, atendía a cada frase pero nadie reaccionó cuando su hermano se atrancó en una serie de toses. No le costó leer sus labios: pedía agua. El médico ignoró a Gombrovitz y con unos golpecitos el hombre insistió para que continuara. Mientras esto sucedía, un anuncio se ensanchaba para cubrir la pantalla por completo. Detrás de los colores y las formas danzarinas, a Piotr no se le escapaba la silueta de su hermano, sediento y cansado.

Los demás a su alrededor lanzaban proclamas y vítores. Piotr los ignoró y se dio la vuelta en dirección a su cuarto, meneando la cabeza. A su espalda sonaba el himno de los Estados Libres que precedía a los discursos de la Cancillería.

Nada estorbó el quehacer nocturno hasta la llegada de nuevos heridos del frente en la misma frontera del alba. Nada excepto un timbrazo que resonó en un largo eco. El médico jefe salió de la estancia, sin separarse

en ningún momento de su carpeta y su pluma. Al final del pasillo le esperaba la enfermera de guardia que se mordía los dedos de preocupación. Juntos entraron en una de las oficinas y se perdieron de vista. Con el sutil crujido del tirador de la puerta, Piotr surgió de una esquina entre sombras y como una de ellas se coló en el cuarto de Gombrovitz.

La tensión habitual campaba en las instalaciones al día siguiente. Las tareas del personal facultativo resultaban mecánicas a la vista. Apenas un brillo de honor o satisfacción animaba el carácter de los hombres que tras demasiadas horas sin dormir, actuaban por pura inercia. En torno a Gombrovitz, como siempre, había una colmena de soldados y admiradores. Los primeros, quien más quien menos herido e incapacitado para el combate, revoloteaban con más posibilidades de acceder a la habitación del héroe trocado en profeta. Muchos llevaban en la mirada el ardor esperanzado del que ya los médicos carecían. Se hubiera dicho que depositaban su fe en la recuperación, en la misma victoria, en los hombros de Gombrovitz. El grupo heterogéneo de admiradores nunca lograba pasar de una segunda o tercera fila en dirección a la puerta de ligero metal blanco tras la cual descansaba el clarividente.

—¿Has oído? Estaba hablando de nuevo.

—¡Repetía más números! Ya verás cómo un día localiza el nido mómido con sólo su mente.

—No sé si es bueno confiar en sueños pero os confieso que yo también pienso a menudo en esas cosas.

—¿Sabéis su porcentaje de aciertos? Ayer predijo los puntos de bombardeo mómido en un noventa y ocho por ciento, y dicen desde neurología que mantendrá ese ritmo los próximos cuatro meses.

De esta manera hablaban los curiosos y compañeros del hospital mientras el cirujano jefe consultaba los últimos cables en el lector público en la pared. Mascaba un chicle de frutas, un perfecto sustituto para el cigarrillo electrónico que muchos le veían fumar en las afueras los días de menor intensidad radiactiva en el ambiente. Con el fulgor de las revelaciones de Gombrovitz a pocos pasos de distancia, pocos se percataron del cambio en el color de su rostro. Pasó las páginas sin

apenas detenerse en ellas. Ajustó el macro y centró el contenido en la pantalla.

Mientras leía, un nuevo murmullo se impuso al de los exaltados admiradores, a su espalda. Ellos también llevaban tabletas y ahora les prestaban más atención a los sonidos de aviso de noticia que a la presencia de Gombrovitz. Por instinto, el médico jefe se coló en el grupo para llegar a uno de sus colegas del área directiva, que también esperaba alcanzar el otro lado. El cirujano lo sacó de ahí y le enseñó el comunicado que parpadeaba en verde oliva en la pantalla. Los dos se rascaron la barba descuidada con similar pasmo. Encararon el grupo del pasillo y éste les devolvió la mirada. Ambos bandos conocían la situación. Casi a la vez que la calmada voz de megafonía se oyeron las primeras voces.

—Uno punto uno. ¿Puede ser cierto? ¡Esa es nuestra posición!

—¡Los mómidos! ¡Caen aquí en media hora! ¡Al refugio!

Rodeado por la turba el médico jefe permaneció estático, como si lo hubieran plantado en el suelo. Su cuerpo se regía por órdenes contradictorias que era incapaz de interpretar. Una mancha blanca pasó a su lado, esquivando los bandazos de la mayoría. Se trataba de la enfermera jefe que había conseguido deslizarse en la habitación de Gombrovitz sin esfuerzo aparente. El portazo sirvió para despertar al médico, que braceó de nuevo hacia el pasillo.

Dentro, y a salvo de las masas aturcidas, la enfermera encontró a Piotr. Ya había despegado gran parte de ventosas del cuerpo de Gombrovitz y se dedicaba a llenar la maleta de suero y otras sustancias en pequeños botes de cristal. Piotr no la miró más que de reojo mientras desataba las correas de seguridad que ataban a su hermano a la camilla. La enfermera tampoco perdió el tiempo y le ayudó a cargar con el héroe de guerra hasta otra camilla de ruedas. Los dos movieron al convaleciente hacia la ventana, por la que entraba un gris luminoso y un sonido de aspas de helicóptero.

—Repítame lo que le he dicho esta mañana.

—Linetosidina, tres veces al día, vía intravenosa, cambiando el lugar de inyección

cada vez. Mertizinadol en pastillas, dos al día como máximo siempre que haya fiebre alta. Masajes y movilización para las piernas. Lo tengo apuntado. ¿Qué hay de las pastillas rosas de su bandeja? De esas no me ha dicho nada.

—No son necesarias. Sólo se administraban para someter a su hermano. ¿Seguro que llegarán a tiempo al hospital más próximo?

—Mi madre es cirujano traumatólogo. En caso de emergencia pasaríamos por casa primero y de ahí al hospital. Está todo controlado, y gracias a Gombrovitz preveré las rutas menos infestadas de mómidos.

—¡Me la juego bien por ustedes dos! Pero no podía tolerar que le usaran como un mono de feria. Espero que en otro lugar terminen de rehabilitar a su hermano.

—Yo también. Ahora márchese, no querrá que nadie la vea conmigo.

—Señor...

Piotr alzó las cejas en dirección a la enfermera.

—¿Es verdad que vienen los mómidos a por nosotros?

—Hasta cierto punto. Lo que he hice fue notificar al periódico la posición factible de los mómidos dentro de tres semanas según mi hermano. Tenía anotada una de sus cadenas de predicciones; yo comuniqué la última parte. No he mentido, sólo... me he adelantado un poco a los acontecimientos. Vaya tranquila, si Gombrovitz está en lo cierto, hay margen de sobra para prepararse ante la ofensiva. Si es que llega, porque cuanto más lejos en el tiempo, más variables son las previsiones de un psíquico. Y no se preocupe por él. Cumplirá su misión, pero en condiciones humanas.

La enfermera sonrió con los ojos al marcharse, aunque el resto de su cara trató de ocultarlo.

Fuera, dos conos de luz dura guiaban la vista hacia una astronave de pasajeros Chárter de forma oblonga. Planeaba sobre el claro de la boscosa meseta en la que se alzaba el hospital, y Piotr percibió que el piloto titubeaba, pues el tren de aterrizaje se extrajo por completo al principio y vio el brillo de las cuatro patas metálicas en forma de cruz

desplegarse como queriendo asir la tierra. Luego debió cambiar de opinión porque se contrajeron a la misma velocidad y la nave se conformó con colocarse a escasos metros del suelo, lo suficiente para que la alfombra de helechos bailara con el cálido soplido de los motores.

La compuerta trasera se abrió en silencio y dejó paso a una ancha pasarela, delimitada por luces de neón. Manteniendo el equilibrio un mecánico con gafas de soldador le hizo una señal. Juntos alzaron los pocos palmos de la tierra a la nave e introdujeron a Gombrovitz en la cálida oscuridad. Ya dentro, los dos hombres recuperaron el aliento sin dejar de lado al herido. Piotr se secaba el sudor de la frente cuando un brusco arranque le hizo trastabillar. Extendió las piernas para lograr un mejor apoyo y tendió las dos manos sobre la camilla de su hermano, al tiempo que desde la carlinga oía la voz del piloto, que había corrido hasta allá para despegar la nave.

—Tiene asientos por todos los habitáculos. Amarre la cama con las correas de seguridad y búsqese un sitio. No hay tiempo para ceremonias.

Piotr obedeció sin atreverse a contradecirle. Halló una sala de almacenaje vacía donde encontró tanto las correas como un asiento desplegable. Toda la embarcación era tan vieja que resultaba maravilloso que aún se deslizara por el aire, y el raído cojín ocre sobre el que se sentó reflejaba al detalle el estado del vehículo. Seguramente el Primavera Radioactiva no pasaría ni en sueños la próxima revisión, pero para eso faltaban aún seis meses, o eso argumentó Falk, el piloto, cuando le contrató la noche pasada para el despegue de emergencia.

La primera hora transcurrió con la mayor de las tensiones. Cada sombra recortada sobre el cortinaje del amanecer, en contraluz sobre el sol naciente, formaba en su imaginación un escuadrón mómido de exploradores. Cada silbido con el que los servotensores flexionaban los materiales de la nave para adaptarla a las altas velocidades era el grito de guerra de las bestias al cargar contra ellos. Poco a poco, Piotr dejó de sentir que su cuello fuera de mármol y pudo moverse. Se fijó, pues no lo había hecho antes, en que no había soltado la mano de Gombrovitz en todo el

trayecto. Una alarma conocida, signo universal en las comunicaciones interplanetarias, avisó de que habían dejado la atmósfera y que la nave se estabilizaba. Aflojó la tensión de la mano. Al retirar los dedos, el herido parpadeó y en sus ojos, abiertos como siempre, se asomó el brillo de la inteligencia.

—No debí marcharme.

Sonó tan flaco, tan débil la frase del soldado que apenas se distinguía del aliento normal con el que llenaba sus castigados pulmones. Piotr necesitó pegar sus oídos a los labios de su hermano. No había entendido pero comprendía que se dirigía a él.

—No tendría... que haberme ido.

Piotr se enjugó las lágrimas y acarició la cabeza de Gombrovitz, con cuidado de no tocar las zonas vendadas.

—Mijaíl, es ridículo que pienses eso. Nadie sabía lo que iba a pasar. Tómatelo con calma. Vamos a casa.

A un gesto suyo, aún lúcido pero ya fatigado por el esfuerzo, Piotr se acercó de nuevo. Tuvo que pedirle que repitiera. Gombrovitz movió los labios, y las palabras surgieron dibujadas por sus labios, más que pronunciadas. Su hermano miraba la placa metálica identificativa, con nombre y número de serie, que toda nave humana de la Región Próxima llevaba por ley en cada habitáculo.

—¿De verdad han tenido el valor de llamar a esta nave Primavera Radioactiva?

Piotr rió, acarició la frente de su hermano y extrajo de su bolsillo un pequeño cuaderno de tapas grises. Con letra y pulso minucioso comenzó a escribir su crónica. A lápiz.